

Colección: creación artística y cultural

CUENTOS CORTOS

quinta versión

“Imagina mundos y escríbelos”

R

R a x t a
S a x S t a
G k Z G B p u z
F k H c p q q L L u d
m c m w X X
J B T W L X X
k k h A T s b f
Q q A T y E E
P P r C o z
h e K f z
A r K o i f

 **Editorial**
UNIAGUSTINIANA

CUENTOS CORTOS



QUINTA versión

“Imagina mundos y escríbelos”

CUENTOS CORTOS



QUINTA versión

“Imagina mundos y escríbelos”



UNIAGUSTINIANA

Vicerrectoría de
Investigaciones



VICERRECTORÍA
EXTENSIÓN Y
DESARROLLO
HUMANO

 **Editorial**
UNIAGUSTINIANA

Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto. (5o. : 2021 : Bogotá), autor
Cuentos cortos / Concurso Uniagustiniano de Cuentos Cortos ; Samanta González
Cuentos cortos : "Imagina mundos y escríbelos" / Concurso Uniagustiniano de Cuento
Corto ; Andrea Salomé García Cuesta [y otros diez] -- Quinta versión -- Bogotá :
Uniagustiniana, 2022
114 p.

Incluye datos curriculares de los autores.

ISBN 978-958-5498-83-9 (impreso) -- 978-958-5498-84-6 (digital)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI - Colecciones

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1100097

© Autores: Andrea Salomé García Cuesta, Andrés Felipe Caro Pérez, Norman Andrés Quevedo Socha, Yerly Stefany Castro Ardila, Fabián Guillermo Ramírez Ruiz, Lizeth Vanessa Loaiza Acosta, Judy Vanessa Agredo Sierra, Fabio Andrés Vinasco Ñustes, Yamid Galindo Cardona, Andrés Mauricio Aros Alvarado, Juan Alberto Romero Suárez.

© Editorial Uniagustiniana, Bogotá, 2021

ISBN (impreso): 978-958-5498-83-9

ISBN (digital): 978-958-5498-84-6

Universitaria Agustiniiana, Uniagustiniana

P. Enrique Arenas Molina, rector

Julio César León Lúquez, vicerrector de Investigaciones

Alejandra Díaz Manzano, vicerrectora de Extensión y Desarrollo Humano

Natalia Osorio, directora de Bienestar institucional

Editorial Uniagustiniana

Ruth Elena Cuasialpud Canchala, coordinadora editorial y de difusión

Pablo Castellanos, editor asistente para libros

Edwin Bonelo Martínez, corrección de estilo

Pedro César Gutiérrez Jiménez, diseño editorial y diagramación

DGP editores, Impresión

Campus Tagaste, Av. Ciudad de Cali No. 11B-95

coor.publicaciones@uniagustiniana.edu.co

Impreso y hecho en Colombia. Depósito legal según Decreto 460 de 1995.

Derechos reservados conforme a la ley. Prohibida su reproducción parcial o total en todo formato o medio sin previo permiso escrito de la Universitaria Agustiniiana.

CONTENIDO

7 Presentación
Pablo Castellanos Castellanos

9 Acta de jurado
Camila Bordamalo García, Manfred Acero Gómez

♦ CATEGORÍA ESTUDIANTES ♦

15 Primer puesto
Realidades que no comprendo
Andrea Salomé García Cuesta
Tecnología en Gastronomía

25 Segundo puesto
Cual recuerdo de una guerra, cual sueño de un artista
Andrés Felipe Caro Pérez
Cine y Televisión

31 Tercer puesto
Evocando el pasado
Norman Andrés Quevedo Socha
Comunicación Social

37 Mención de honor
Entre el sueño y la realidad
Yerly Stefany Castro Ardila
Licenciatura en Filosofía

♦ CATEGORÍA EGRESADOS ♦

47 Primer puesto
Neonia
Fabián Guillermo Ramírez Ruíz
Especialización en Gerencia de Empresas

59 Segundo puesto
El secreto de mi familia
Lizeth Vanessa Loaiza Acosta
Negocios Internacionales

67 Tercer puesto
¡Salvo Patria!
Judy Vanessa Agredo Sierra
Negocios Internacionales

♦ categoría DOCENTES ♦

75 Primer puesto
A los pies de la cruz
Fabio Andrés Vinasco Ñustes, “Andrs Trece”
Arquitectura

83 Segundo puesto
Emma y los vínculos dispares de su realidad
Yamid Galindo Cardona
Cine y Televisión

93 Tercer puesto
Un rojo monstruo de metal
Andrés Mauricio Aros Alvarado
Cine y Televisión

♦ categoría ADMINISTRATIVOS ♦

101 Primer puesto
Secreto de familia
Juan Alberto Romero Suárez
Coordinación de Proyección Social y Sostenibilidad

Presentación

La quinta versión del Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto (2021) fue propuesta bajo el lema “Imagina mundos y escríbelos”. Este contiene los presupuestos de todo cuentista. Cuando hablamos de la imaginación, consideramos sus alcances: unas veces, el sujeto creador tiene un interés manifiesto en su propia realidad, es decir, en el ámbito de su experiencia inmediata; otras, las situaciones que ocupan al artista son de un orden más amplio y distante tanto en el tiempo como en el espacio. Y aquí necesariamente hallamos la noción de mundo: lo que fue o pudo ser, o lo que es e hipotéticamente será.

Por lo general, una persona que escribe relatos debe tomar la decisión sobre el comportamiento de su obra con respecto a la realidad. Así, resulta útil para aquella decidir si la obra será realista o si, en cambio, se ocupará de mundos que solo pueden concebirse en la imaginación, como sucede con la literatura fantástica y la ciencia ficción. En esta medida, los lectores pueden avanzar e ir entendiendo el juego que les plantea el relato, para así descifrar su intención y tener una experiencia estética, que no es otra cosa que la posibilidad de encontrar felicidad y sabiduría en el contacto con una obra de arte, literaria, en este caso.

En sentido temático, la presente selección ofrece cuadros familiares unas veces desconcertantes para sus protagonistas, y otras esperanzadores, cargados de una secreta intimidad. También, hay relatos que encierran un oscuro terror, en vista de que nos narran las situaciones anormales de sus personajes. A propósito de la extrañeza que nos produce el acecho de la anormalidad, dos relatos se ocupan de la pasada pandemia, para explorar algunos sentimientos y perplejidades que esta produjo. La guerra del país es otro de los temas que ocupa estas páginas. También, nos encontramos con las ensoñaciones y fantasías de criaturas ciudadinas, en

medio del aburrimiento y el anonimato propios de las oficinas y calles de una gran urbe.

Así, la Vicerrectoría de Investigaciones, la Vicerrectoría de Extensión y Desarrollo Humano y la Editorial Uniagustiniana presentan al lector los relatos ganadores del concurso, con el ánimo de resaltar el trabajo creativo de nuestra comunidad académica y de estimular la lectura. Ojalá que, como decía Montaigne, este libro genere interés y esa felicidad que nos permite la literatura.

Pablo Castellanos
Docente y editor asistente
Vicerrectoría de Investigaciones

5° Concurso uniagustiniano de cuentos cortos, 2021

Acta del jurado

Bogotá, 23 de noviembre de 2021

Después de la lectura de los cuentos, nos permitimos adjuntar los resultados de la evaluación hecha por nosotros como jurados del concurso.

Las propuestas, en general, presentan un variado rango temático, aunque la mayoría de ellas dan cuenta de la violencia de nuestra historia reciente y de las adversidades producidas por la pandemia y el confinamiento.

A continuación, los resultados de la evaluación:

Categoría “Estudiantes”

1. Realidades que no comprendo
2. Cual recuerdo de una guerra, cual sueño de un artista
3. Evocando el pasado

Mención de honor: Entre el sueño y la realidad

Categoría “Egresados”

1. Neonia
2. El secreto de mi familia
3. Salvo patria

Categoría “Docentes”

1. A los pies de la cruz
2. Emma y los vínculos dispares de su realidad.
3. Un rojo monstruo de metal

Categoría “Administrativos”

1. Secreto de familia

Por otra parte, registramos nuestras apreciaciones sobre cada trabajo seleccionado como ganador:

Categoría “Estudiantes”

Realidades que no comprendo

La autora logra transmitir su visión de la vida y sus expectativas del futuro en medio de una visita a sus familiares del campo, describe la cotidianidad y la forma de pensar limitada de sus primos y de su abuela. Es un relato sincero y fluido, solo hace falta una segunda revisión de la puntuación y la ortografía.

Cual recuerdo de una guerra, cual sueño de un artista

Se trata de un breve recorrido por las ensoñaciones de un oficinista aburrido que fantasea con la vida que habría querido tener. Es un relato divertido y en términos generales bien escrito, sin embargo, no estaría mal revisar otra vez la redacción.

Evocando el pasado

Honesto y nostálgico, resume el sentimiento de pérdida que tuvimos todos o casi todos durante el confinamiento obligatorio. Rememora viejos tiempos de libertad, convierte simples momentos de contemplación durante un viaje por carretera en recuerdos memorables. Es un relato honesto y sin pretensiones.

Entre el sueño y la realidad

La idea de este cuento es interesantísima, es un gran acierto el que el lector pase más de la mitad del cuento creyendo que la protagonista es una persona normal para darse cuenta después de que se trata de una completa desquiciada que escribe desde el manicomio. Este cuento tiene un gran potencial, pero es necesario corregir algunas partes confusas, hay que mejorar la redacción. Creemos que la autora disfrutaría

enormemente de una novela llamada *Los renglones torcidos de Dios* del escritor Torcuato Luca de Tena.

Categoría “Egresados”

Neonia

Este cuento distópico destacó entre su categoría por no tener errores de ortografía ni de puntuación y por sugerir una lectura distinta. Las convenciones que propone como guía de la lectura se convierten en un juego para el lector y también generan cierta curiosidad por saber cómo estas construyen algún tipo de significado en el cuento. Es decir, pueden servir a la intención de generar un enigma en el lector. No obstante, vale la pena preguntarse hasta qué punto son positivas las influencias y qué tanto debemos permitir que permeen nuestra escritura; en este caso se nota la influencia de *1984* de Orwell.

El secreto de mi familia

El lector es testigo de la pérdida de la inocencia de una narradora que vive en carne propia la traición de su familia y descubre que los más cercanos no siempre nos brindan la lealtad y la protección que esperaríamos de ellos. Se recomienda revisar el final.

Salvo patria

Lo que parece la descripción del paraíso, un alegre juego infantil, se convierte rápidamente en una escena de terror. Hace falta solucionar algunos problemas de verosimilitud.

Categoría “Docentes”

A los pies de la cruz

Aborda un tema difícil de la historia reciente de Colombia de una manera sensible; destacó entre los de su categoría por ser el relato más trabajado.

Recomendamos una revisión de la analogía con el Calvario porque a veces los saltos entre un tiempo y otro no son tan claros.

Emma y los vínculos dispares de su realidad

Los fragmentos de Emma son los apartados que están mejor trabajados en el cuento y permiten un contraste con esa realidad inmediata (la del paro, la de la pandemia) de la que parte el narrador. Lástima que alguna de las historias que allí sugiere, apenas quedan enunciadas, pero no se desarrollan. Recomendamos revisar el final.

Un rojo monstruo de metal

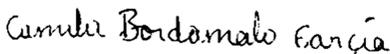
Las vidas de dos hombres anodinos en una urbe fría, contaminada e insegura se cruzan fatídicamente en la calle, después de eso sus vidas nunca volverán a ser las mismas. La atmósfera de este cuento está bien recreada.

Categoría “Administrativos”

Secreto de familia

Un padre le revela a su hija su mayor secreto: cómo viajar al pasado y alterar el presente, a través de las fotografías. Es una idea buena y es por eso que se destaca el cuento, pero debe trabajarse más la verosimilitud del cuento y de las actitudes de los personajes (el costo del viaje en el tiempo es muy alto pero el personaje principal actúa algo desprevenido a pesar de saberlo). También, la mala puntuación del cuento hace difícil su lectura, por momentos.

Agradecemos la posibilidad de formar parte de este proceso,


CAMILA BORDAMALO GARCÍA
www.camilagarcia.net


MANFRED ACERO GÓMEZ
eaacerog@unal.edu.co

categoria ESTUDIANTES



PRIMER PUESTO

Realidades que no comprendo

Andrea Salomé García Cuesta
Tecnología en Gastronomía

Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
andrea.garciac@uniagustiniana.edu.co

Ya he sentido antes este frío de madrugada; precisamente el año pasado era igual. Me gusta madrugar, en realidad, pero no aquí, es el frío más espantoso que hay. Aunque es llevadero si te levantas con un gran saco de lana y te vas a subir la montaña; ya con eso, adiós frío.

—¡Vamos, mijita! —gritó mi abuela desde afuera de la casa agitando su mano; ya traía puestas sus botas y su ruana.

—Abuela, ¿por qué no va mi prima y voy solo yo? —pregunté mientras iniciábamos la caminata camino a la montaña de al lado.

—Sumercé sabe que ella es cansona. Déjela dormir y ya.

Al fin y al cabo, no es que tenga muchas ganas de estar con ella. Me tiene tanta envidia que siempre que vengo en esta época a la casa, no para de mirarme mal. Eso sí, me da hasta besos cuando mi abuela está cerca.

Agarré un poco de calor corporal cuando comencé a subir a paso moderado la montaña. Mi buen físico en las piernas me sirve bastante cada año, y eso contando que no entreno desde hace un mes desde que salí a vacaciones.

Apenas llegué a la punta, di media vuelta y miré el panorama; es definitivamente hermoso y más a esta hora que apenas comienza a amanecer. Me quedé dos minutos contemplando la bella combinación de colores que atravesaban con dificultad la niebla hasta llegar a mis ojos. Visualicé con igual ilusión la ciudad, que cada año la veía más grande; las casas que parecen ser dueñas de una montaña a la vez, los pocos árboles que se agrupaban por especie creando túneles frescos. Mi parte favorita son los tapetes que se ven en las montañas del frente creados por los cultivos de papa con bastante tiempo de diferencia. Parece como una obra un poco abstracta y salida de lo común, pero en verdad es tan real como mi sonrisa al sentir la paz del campo.

—Mija, venga y me ayuda con las vacas —gritó—. Corrí hasta donde mi abuela para ayudarla.

—Abuela, no entiendo por qué tengo que hacer esto yo.

—¿De qué se queja? Es solo levantar la mierda a los animales.

—Por eso, no estoy muy mentalizada para hacer este tipo de cosas. Por eso mismo es que no he querido adoptar un perro, aunque me encantan. No soporto pensar en la idea de recoger sus heces.

—Sumercé tiene que aprender a adecuarse a todo, uno en esta vida nunca sabe cómo le va a tocar —dijo alzándome un dedo—. Respondí a sus espaldas, mirando al cielo, que no es la primera vez que me dicen esto.

—Yo sé, pero estoy muy enfocada en lo que quiero hacer con mi vida. Tengo pensado absolutamente todo y dudo que se me dificulte. —Dije con ánimo.

—¿Cómo piensa tener la plata suficiente para la universidad?

—Tengo mis ahorros para el primer semestre, trabajaré y mis papás me van a ayudar, ya planeamos todo —abrí los brazos al aire con entusiasmo mandando energía buena, es algo que me prometí cada vez que hablara del tema. —No malgastaremos la plata en cosas que no sean necesarias para la...

—Espere, sostenga esto. —Me puso una cuerda en las manos. Mantuve la respiración para evitar pensar mal.

—¿Qué hay de mis primos?, ¿van a estudiar?

—No quieren.

—Entonces, ¿qué van a hacer?

—Ay, yo no sé, ellos verán qué hacer con su vida. Con decirle que no se leen ni un libro al año. Y yo que soñaba con que uno de mis nietos estudiara.

Me quedé callada ante ese comentario, solo miré al cielo nuevamente y seguí jalando las vacas. Me ofende en realidad que no me tome en cuenta, o quizás, solo lo olvidó, pero lo dudo; le hablé de mis planes hace menos de nada y ni siquiera me dejó terminar.

Es increíble que todo el ambiente tranquilo se termine apenas se cruza la puerta para adentro. Lo contrario de la capital, yo amo mi ciudad, pero claramente apenas se entra a casa se siente una tranquilidad infinita. Terminé con mi abuela de hacer el desayuno y salimos con los caldos recién salidos de la olla. Le serví a mis tíos, mis papás y mis primos. Me senté en una silla.

—¿Usted cocinó? —preguntó mi primo, tres años mayor que yo y del mismo grado.

—Obvio, pruebe y me dice qué tal. —Sonrei y esperé una respuesta después de que se mandó la cucharada.

—Uy, sí, le quedó buena. Páseme ese pan y queda maravillosa. — Señaló la bolsa de pan que estaba en medio de la mesa. Continué con mi desayuno.

—Venga, ¿sí va bien en el colegio?

—Para nada —soltó un suspiro acompañado de una risa sarcástica.

—Ay no, pero póngale un poquito de tristeza y decepción al menos.

—Ya qué. Me pongo a trabajar, y listo.

—¿Y cómo en qué va a trabajar?

—Pues en la construcción; allá donde mi papá, porque qué más.

—¿Y estudiar Arquitectura?

—Aún quiero, pero agh. —Se recostó en la silla y puso sus manos sobre su rostro—. —Me da pereza.

—Tiene huevo, parece.

—Ush, ¿sí ve que con usted no se puede hablar? Todo le ofende.

—No es que todo me ofenda, pero qué hago que usted solo hace cosas estúpidas.

—Es lógica, solo busco algo más accesible. Usted no me puede entender, usted vive allá en la ciudad rodeada de todas las universidades. Además, también tiene la plata.

—La plata es lo de menos, yo lo conozco a usted y sé que puede conseguir una beca, solo que, como siempre, le da pereza.

—¿Para qué me voy a embalar cinco años más estudiando? Los cuales de cualquier manera tendré que pagar. Así obtenga una beca, tendré que ir a vivir allá y pagar un montón de vainas. Es demasiada cosa, por eso prefiero mil veces quedarme aquí con mi familia y trabajar en lo que ellos, y ya.

Me tragué mis palabras y continué con el chocolate caliente que casi se me iba enfriando por andar discutiendo con este. Realmente me da frustración que ni siquiera lo intente, y con lo inteligente que es.

Salí saltando de a poco hacia la casa de las gallinas, turno para su desayuno. Entré con delicadeza y les lancé maíz al piso haciéndolas correr tras de este. El olor poco agradable me sacó rápido de ahí y me dispuse a buscar a los perros.

—Hola, bonitos. ¿Tienen hambre? —Saludé con una sonrisa y me senté al lado de los dos perros. —Confieso que el cincuenta por ciento de las razones por las que vengo son ustedes. El otro cincuenta es por el entorno natural, no crean que el entorno familiar me gusta.

Es aburrido llegar a un lugar donde lo único relevante es el trago, la mediocridad y el pensamiento tan básico de vida. Mi mamá ya me ha dicho que no puedo juzgar a la gente por vivir en un

entorno diferente al mío y por eso mismo tener pensamientos y aspiraciones de vida diferentes. Sin embargo, realmente me afecta porque yo me he esforzado bastante por el temor de que no pueda conseguir algo digno para el resto de mi vida, y ellos solo piensan en un trabajo cerca y fácil que les dé el dinero y ya. No tienen esa pasión y esas ganas por vivir de verdad...O eso, según yo, no es vivir de verdad.

—Hola ¿me acompañas a dar una vuelta? —Escuché una voz y de inmediato la reconocí. Giré mi cabeza para buscar a la mugrosa. Sonreí hipócrita.

—Bueno —me levanté y le hice una seña con la cabeza, al menos caminaré y veré más paisaje.

El aire estaba menos frío, podía sentirlo en mi rostro sin sentir que me quema, respiré hondo cada tres pasos, y los siguientes tres solté lentamente, seguí así todo el camino con mucha calma, sin afanes y disfrutando del aroma de tierra húmeda después de una noche de lluvia. Sentía la necesidad de reproducir la música clásica de mi celular; aun así, el simple sonido de las pisadas en las piedras y el aire soplando me daban mucha satisfacción.

Llegamos a una casa color verde desgastado por el sol y la lluvia; mi prima se escabulló por la parte de atrás y me señaló que la siguiera en silencio. Seguí sus pasos exactos sobre la pisada que dejaba marcada en la hierba alta que rodea la casa. Subió a unos ladrillos y se asomó con mucha cautela a una ventana de una aparente habitación.

Sus ojos se abrieron y luego de ellos cayeron lágrimas en gran cantidad, sin ni siquiera parpadear. Llevó su mano a la boca para calmar el llanto y evitar hacer ruido. Bajó con delicadeza de allí y caminó con la cabeza abajo. Traté de no mirarla mal, pero salió terrible puesto que la miré sorprendida de arriba abajo y sin una gota

de empatía. Me acerqué ahora yo a la ventana para ver qué había visto. Abrí los ojos al ver semejante escena, ¡qué mierda!, ¿quién tiene sexo a mediodía? Me retiré de la casa y corrí lejos de ahí para alcanzar a mi prima. Caminé a su lado con prisa tratando de seguir su paso, no sabía qué decir, no entendía nada.

—¿Quién era él? —susurré—. Se quedó en silencio. —A ver, cuéntame, no le diré a nadie.

—Él es mi novio, o era, no lo sé. —Suspiró con dificultad. —Hace poco pasó algo grave que no he podido solucionar.

—¿Qué tan grave? —Me interesé en el tema, creo que sé de qué se trata.

—Yo...bueno, nosotros dos estábamos en el pueblo allá abajo en casa de una amiga y su novio; estábamos tomando un poco y pues mi amiga y su novio salieron por más cerveza. —Pasó sus manos por la cara y secó sus lágrimas, también intentó limpiarse la nariz para sonar menos congestionada. —Y al quedarnos solos pasó algo, tú me entiendes, fue sin protección.

—Estás embarazada, ¿verdad? Ay, no seas así. —Llevé mi mano a la frente y miré a los lados por instinto. Se derrumbó al escuchar mis palabras y sollozó más.

—¿Ya le dijiste a mi madrina? Digo, o sea, igual lo va a notar y no podrás negar nada. —Mantuve mi mano sobre mi nariz sin saber qué decir ahora. —Y ese, entonces, ¿qué hace acostado con otra?

—Le dije esto hace como dos semanas, y decidió terminar conmigo solo porque no me quiso creer.

—«Mucho desgraciado» —pensé y negué con mi cabeza.

—Lo que más odio de todo esto es que sé que mi mamá no me va a apoyar como debería, solo me dirá que asuma las consecuencias y

tenga al bebé, que lo cuide y que busque trabajar. No sé qué hacer, seguí el mismo camino de mi mamá y cometí el mismo error...

—Lo siento, de verdad. Te aconsejo que de igual manera busques decirles a tus papás, al menos para que obliguen al imbécil ese a responder por esto. Perdón por el tono en que te hablo, pero me da mucha rabia. Solo espera a que el resto de la familia se vaya y les dices con calma, les dices. —Recalqué la última palabra para que le entrara por esos oídos.

Después de unos segundos, salió corriendo, dejándome abandonada en medio del camino sin decir ni una sola palabra. Me da pesar por ella, puede que la odie mucho, pero no merece sufrir esto y mucho menos por alguien más. Puede que sea muy pequeña aún y que me falte mucho por vivir, pero hasta el momento sé que las relaciones amorosas vienen después de que uno mismo como persona se sienta pleno. Tener una estabilidad en cada sentido de la vida es primordial; luego de eso se piensa en alguien más. Por este tipo de historias que me cuenta, prefiero esperar a ser una persona plena en todos los aspectos de mi vida y ser estable para así recibir a alguien luego...

SEGUNDO PUESTO

Cual recuerdo de una guerra, cual sueño de un artista

Andrés Felipe Caro Pérez
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
andres.carop@uniagustiniana.edu.co

La vida en la carretera, yendo de pueblo en pueblo, intrigado por las cosas que veía tras la casi siempre sucia ventana del bus de la pequeña compañía de teatro donde fui a parar. No podía dormir, así que lo único que hacía era pensar en cómo había terminado aquí y en lo afortunado que era de haber descubierto a qué lugar pertenecía. *Madame* Seberg siempre se sentaba frente a mí mientras murmuraba las cinco líneas que siempre decía antes de que el *show* empezara; se sentía aterrada de olvidarlas. 55 años desde que empezó este grupo teatral y aun así el miedo la carcomía por dentro. Esta vez íbamos rumbo a París, ya que, inesperadamente, habíamos conseguido un *show* en una gran ciudad; claro, era un teatro de mala muerte y no iban a asistir más de 100 personas, pero algo era algo y no podíamos dejar pasar la oportunidad.

Llegamos dos días después de la fecha propuesta, ya que el bus paraba más de lo que avanzaba y *madame* Seberg se quejaba más de lo que ayudaba. Éramos solo doce que cumplíamos los roles de actores, directores, escritores e incluso diseñadores, todos sabiendo que apenas si teníamos los instrumentos para dos personas; pero, como siempre, replicábamos “todo sea por el amor al arte”. Todos empezamos a ensayar las líneas de una obra que llevábamos actuando desde que llegué a la tropa, nos sabíamos nuestros papeles al pie de la letra, pero siempre *madame* Seberg nos impulsaba a improvisar, cosa que era vital para que el *show* brillara, al menos tanto como pudiese brillar.

Cuántas veces desee estar aquí mientras estrellaba mi cabeza contra el escritorio de mi anticuado trabajo; organizar papeles, pasar números, contestar teléfonos, volver al trabajo, volver al trabajo, mirar hacia la ventana y querer volar. Mis compañeros de teatro eran brillantes y sobre todo me entendían. Ellos también pensaban lo mismo que yo, ellos también admiraban la libertad donde muchos sólo veían a un grupo de vagos intentando lograr los sueños de nuestra lejana infancia; bailábamos y saltábamos por todo el

lugar, reíamos, nos tirábamos al piso y de repente todo era como siempre había querido, todo era perfecto. *Madame* Seberg se alistaba siempre con su gabán rojo antes de darnos la autorización de salir al escenario; esta vez decidió cubrirlo con tintes dorados, supuestamente para impresionar a las delicadas personas de París, aunque todos sabíamos que quienes asistieron no iban ni siquiera a pagar más de lo que costaba un dulce.

De repente, en medio de los ensayos, escuchamos un estallido, salimos a mirar y notamos aviones en los cielos que, cual coreografía, parecían estar invitando a todos a algún lugar. Corrimos tras ellos y los notamos desaparecer entre las nubes. *Madame* Seberg sabía qué estaba pasando, pero decidió no decirnos nada, nos gritó amigablemente y nos invitó a regresar a los ensayos; todos entramos preocupados pero el propio teatro hizo que nuestra felicidad continuase.

¡Tomás!, ¡Tomás!, gritó el viejo Depard desde la ventana de enfrente del teatro, así que solo pude correr a ver qué sucedía. *Madame* Seberg ya se encontraba allí, ambos me miraron con una pequeña sonrisa antes de decirme que un importante productor teatral me había visto en los ensayos y quería que audicionara para interpretar a su próximo protagonista en una nueva obra; quedé sorprendido, no lo podía creer, abracé al viejo y le dí un beso a *madame* Seberg, y tal como cuando era un niño pequeño, empecé a saltar, tumbé unos papeles y unos esferos, pero no importaba; aun así, todo era exactamente como lo quería.

Los días pasaron y mi felicidad se tornó en angustia, angustia de que tanto el *show* como la audición salieran tan perfectos como un atardecer parisino. Me quedaba hasta altas horas de la madrugada repitiendo mis líneas, contando y contando los minutos hasta que llegara mi gran momento; *madame* Seberg se sentaba a mi lado y me cantaba entre diez copas de vino. Un día me dijo que ella confiaba en mí, que le recordaba a ella, así que hiciera las cosas, que nunca dudara, que lo hiciera.

Finalmente llegó el día de la audición, llegué a un edificio en la mitad de la ciudad; era alto, gris e imponente. Yo no sabía qué hacer, así que pregunté y me enviaron al piso tres; subí y noté cómo no había nadie más, así que tomé asiento y esperé. Tras unos cuantos minutos, escuche una voz llamándome desde el otro lado de una puerta blanca, me invitaba a pasar. Era hora de mi audición, estaba nervioso y a punto de abrir la puerta, cuando de repente volvieron a sonar los aviones, era un sonido mucho más fuerte que la última vez, tanto que quedé congelado. No fue hasta que me volvieron a llamar que abrí la puerta y pasé a la audición.

Era un monólogo, era extenso, lleno de palabras complicadas y, claro, no había espacio para improvisar, pero simplemente sentí cómo todo era exactamente de la forma en la que lo había soñado desde que era un niño; los impresioné, rápidamente me dieron el papel y me dijeron que debía volver en una semana para empezar con los ensayos. Estaba bajando para salir corriendo y contarles a todos en la tropa de teatro, cuando una secretaria me pasó un memorándum y me dijo que lo llevara al piso de arriba. Yo solo la miré extrañado y supuse que me había confundido con alguien más. Dejé la hoja de papel en el escritorio; al fin y al cabo, estaba lleno de felicidad y todo parecía ser perfecto.

Cuando les conté, todos se pusieron felices por mí, me felicitaron e incluso *madame* Seberg me regaló un pequeño broche que siempre guardaba en su abrigo mientras me repetía lo brillante que iba a ser, aunque claro, como era ella, no olvidó regañarme y decirme que no fuera a olvidar que el *show* era en tres días y que también tenía que salir impecable, así que no perdimos más tiempo y seguimos con los ensayos. Cada día practicábamos sin cesar, mientras los aviones aparecían. Supongo que cada vez me iba acostumbrando más a ellos, hasta el punto en el que ya ni siquiera los escuchaba.

Después de tanto, el *show* llegó, el pequeño teatro estaba lleno y todos nos moríamos por brillar, por hacer algo que valiera la pena y el

esfuerzo. Era hora, así que mientras escuchábamos como *madame* Seberg repetía sus ya conocidas palabras a la audiencia, nos dimos un abrazo y salimos a sorprender al público. Todo parecía salir perfecto, todos reían, aplaudían y lloraban tal como lo queríamos; éramos, al menos en ese teatro, la sensación más grande del universo.

De repente llegó el momento de mi escena en solitario. Era un pequeño soliloquio sobre cómo mi personaje había llegado a volverse un hombre pobre. La gente estaba encantada con mi actuación y yo solo podía sentir cómo lo había logrado; tantos años en esa silla de oficina, leyendo, contando y pasando memorándums se sentían lejanos en este mundo que había creado. Estaba a punto de terminar mi escena cuando de repente me quedé congelado; vi a lo lejos a una persona que me empezó a gritar, era la misma secretaria del edificio donde había hecho la audición; intenté no concentrarme en ella y seguir con el show, pero no pude, las palabras no salían. De repente, se escucharon los aviones, esta vez no solo pasaron, sino que, cual recuerdo de la guerra, empezaron a bombardear el teatro. Todo el público salió corriendo y yo quedé solo en el escenario.

Miré a todos lados y no vi ni un alma, ni siquiera a la tropa, ni siquiera a *madame* Seberg, nadie. Supuse lo peor, todo había terminado, ya era mucho tiempo, ya tenía que regresar. Fue así como finalmente escuché unos pasos detrás mío, volteé y era la secretaria, quien se quedó mirándome con decepción; me paso la hoja con el memorándum y me dijo que volviera al trabajo. No tuve más remedio que aceptarlo, sentarme nuevamente en mi escritorio mientras escuchaba el sonido de las teclas que se replicaban como las mismas bombas que acabaron el *show* y, sobre todo, volver a mirar hacia la ventana al mismo tiempo que pensaba que algún día todo eso se iba volver realidad pero que, por ahora, la razón por la que parecía un sueño era porque lo era, era mi más grande sueño.

TERCER PUESTO

Evocando el pasado

Norman Andrés Quevedo Socha
Comunicación Social
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
norman.quevedo@uniagustiniana.edu.co

Ahora en el encierro comprendo lo afortunado que era, tenía una felicidad, diría, inenarrable en aquel momento, porque era el diario vivir, era la cotidianidad. Ya no.

Íbamos cinco personas en un auto familiar por las carreteras nacionales. Nos dirigíamos desde Medellín a Tolú. Habíamos partido hacia las once de la mañana.

En avanzadas horas de la tarde, todos callábamos, solo la radio emitía la lista de canciones preferidas de algún presente y vimos un grupo de personas que, al parecer, se habían quedado sin gasolina o se les había averiado el auto. Nunca lo supimos, pues el conductor nunca paró.

Oscurecía. Con el paso del tiempo, se dibujó una hermosa noche llena de estrellas que divisaba desde la parte derecha del auto; hacían un bellísimo conjunto con la vegetación a los costados de la carretera. Lo contemplaba todo a la luz de la luna casi llena y sentí ganas de escribir —hoy lo hago, estoy sentado en lo que llamo mi oficina, un espacio reducido donde computo todas mis ideas, pensamientos, y ahora, tiempos del pasado.

El auto avanzaba, era enero, pensé en Valentina, una amiga del colegio; no me gustaba, pero en ese momento me llegó a la mente, tal vez porque estaba cerca su cumpleaños —a día de hoy no me explico por qué fue ella quien dominó en mi mente por esos instantes—. Quería escribirle un poema, quería jurarle un amor que no sentía en la ciudad, cuando la tenía cerca, cuando la podía ver, pero sí uno que sentía lejos, cuando solo la podía imaginar.

Seguí admirando la noche y me permití bajar la ventana de la puerta. Fue un viento alentador, frío y al tiempo cálido; no supe cómo explicarme lo que significó en aquel momento —menos ahora, cuando es un breve recuerdo. Escribo esto algo estresado,

pensativo, aunque inspirado, como quien tuvo algo y ahora no, pero conserva esperanza de volverlo a tener.

Tenía en aquel momento mi celular, lo sujeté, era un pequeño LG —no recuerdo su referencia—. Estaba tibio. Pese a tenerlo, quería escribir el poema en papel y con tinta; mi inspiración quería bordar lo más cercano a la simplicidad, quería dejar atrás lo que parecía más actual, algo extraño, diría incluso irónico, teniendo en cuenta que iba en un auto. Me pregunto ahora cómo hubiera sido caminar esa parte del tramo, solo, quizá acompañado en silencio de alguna persona que admirara, al igual que yo, la belleza de la noche, lejos de las ciudades y cerca de la costa caribeña. Una maravilla.

Total, no tenía papel ni esfero; pedí de ambos y me los dieron, pero no fui capaz de escribir, y me sentía observado, como si para pasar el tiempo, quien iba a mi izquierda quisiera ver qué hacía. Me sentía sin privacidad y solo alcancé a escribir: *Hoy me acordé de ti...*

Mi cerebro y corazón sabían qué escribir; salían versos, palabras bonitas que describían lo que veía, pero mi mano se negaba. Entendí entonces que para escribir es necesaria la soledad, que para hacerlo debía estar más cómodo, pero, ahora que lo estoy, extraño esa compañía.

Ahora miro todo a mi alrededor, intento tomar detalles que tal vez estén quedándose en el aire del pasado, como evocando aquel momento para poderlo sentir y olvidar momentáneamente esta alargada cuarentena que es abrumadora y parece infinita.

En fin, al saber que no escribiría, me dediqué a mirar el cielo, a observar cada estrella que emitía su luz propia. Me sentía redimido, tranquilo, era lo más cercano a estar cerca a Dios —eso me pareció—. Pero las primeras luces de pueblos cercanos las comenzaban a apagar.

Llegamos a lo que borrosamente recuerdo como un peaje, sí, creo que era un peaje. Paramos, y la noche solo se hacía más oscura, el viento se hacía más frío y la emoción por escribir desaparecía.

Han pasado alrededor de cinco años desde ese suceso, pero quiero dejar escrito lo que hoy siento de ese pasado, lo que recuerdo, para que, cuando lo olvide en su totalidad por los azares de la vida y el pasar del tiempo, tenga de dónde coger para sentirlo de nuevo.

Cerré esa ventana del coche; el frío era más penetrante, lo que nos hacía daño a todos, que veníamos de otra ciudad. Eso apagó más la inspiración, pero Valentina seguía en mi mente. Tenía que escribir algo y tenía que ser para ella.

Miré de nuevo al cielo estrellado. Regresé la vista al interior del carro para observar qué podría estar viendo el resto de los tripulantes. Creo que ninguno de ellos sentía lo que yo en ese momento, no admiraban la belleza que nos rodeaba, solo querían llegar. Diría que, a pesar de lo distinto, también recuerdan lo que sintieron, porque ahora todos estamos en la misma condición.

Cada vez nos acercábamos más a Tolú. La civilización, a pesar de ser existente por la carretera, se hacía más evidente con el inicio de postes cada vez más seguidos; las estrellas se disipaban y la Luna perdía su presencia, todo rastro de verde comenzó a ser menor, se reducía el conjunto que me había dado inspiración y se terminaba el combustible que nos permitía andar.

Pese a todo, algunas calles estaban oscuras; tal vez habíamos tomado la parte menos concurrida. El verde estaba sistemáticamente controlado, distintos árboles señalaban el inicio y final de las cuadras.

Haría cualquier cosa por volver allá, me sentía cómodo, acá también, pero sin duda, hay algo que me lleva hacia las olas, la naturaleza y

los animales, o quizá es solo producto de estar aprisionado, siendo ermitaño sin querer serlo.

Nos acercábamos a la zona hotelera del lugar. A esa hora ya no se veía, pero se escuchaba tranquilo el mar, y el viento, aunque frío, volvía a sentirlo fresco. La fachada del lugar era blanca.

Esa noche la dormí tranquilo. Una imagen que nunca olvidaré fue la de ver el mar junto al saliente sol a la mañana siguiente. Desde mi perspectiva, era una postal magnífica porque el ambiente era complementado por una palmera. Volvió a la cabeza Valentina, sabía que tenía que escribir, pero ya no tenía papel ni esfero, ya no tenía la misma ilusión y ya no sentía a la noche ni a su inspiración.

4 de mayo, 4:57 pm.

MENCIÓN DE HONOR

Entre el sueño y la realidad

Yerly Stefany Castro Ardila

Licenciatura en Filosofía

Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y Educación

yerly.castro@uniagustiniana.edu.co

El sueño ha dejado de ser para mí solo un simple producto de la imaginación. Antes, desprovista de toda intención de relatar mis sueños, pienso y se me hace ya más una necesidad saber qué tienen que decirme para mantener clara y con calma mi alma y explicar o siquiera entender por qué estoy en este lugar en el que solo los desquiciados se sienten seguros. Es fundamental decir que estos, como todos los sueños que en general ocurrieron en años anteriores, no mantienen su puro encuentro en mi memoria, pero, aunque esto fuera así y no pudiera declarar antes mi deseo por hacer esto posible, no significa que no estuviera vagando día y noche en consolidarlos en una escritura, pues estas memorias del sueño, lejos de quedarse, se alejan olvidando por completo sus ansias de visibilización.

Si bien he creído que los sueños son meras combinaciones de cosas vividas en estado de vigilia, no puedo negar que me siento más que representada por este primer sueño que deseo contarles: no recuerdo el inicio de este sueño, más bien diré que poseo una mera visión borrosa en la que unos pequeños pájaros de un color dorado o anaranjado para no exagerar y diminutos en su especie se encontraban enjaulados y aunque conocieran su realidad, teniendo alas sin poderlas usar se sentían muy felices, seguros en un espacio sombrío y estrecho. Entonces, yo era el reflejo de una de esas aves, me encontraba verdaderamente amarrada; soy como ese pájaro que, capturado, se siente libre, pero no quería exteriorizar esto, entendía que esta idealización de lo real provocaba en mí asumir que mi destino era ese y dejarlo era jugarse la vida, riesgo que no deseaba afrontar, y así, producto de esa idealización, las cosas conocidas se convirtieron en extrañas; hasta lo más banal se tornaba oscuro ahuyentando por completo su propio color. No lograba encontrar alguna conexión con aquel otro pájaro que me acompañaba; espero de alguna forma buscar y poder nombrar a aquel extraño. Sé que han existido muchos sueños anteriores a

este, pero no sé por qué este sueño es el que más ansias tenía por contar, e incluso es el más vívido que tengo.

Había tomado la decisión de tomar un viaje a Santander, específicamente a San Gil, tierra hermosa y mayormente campesina, con el objetivo de distraer mi mente de cargas laborales y también con la intención de pasar un tiempo con mis tías entre otros familiares. En toda esa semana, no pude conciliar el sueño y es que para una rola como yo el calor puede ser insoportable y, por otro lado, mi estadía se encontraba lejos del centro del municipio, es decir, en una vereda, lejos del bullicio de la ciudad, pero cerca a ciertos animales como ratas, cucarachas y escorpiones que podrían rodearte y dañar tu noche. ¡Ah!, sin olvidar los zancudos que considero de cuidado puesto que siendo, como se dice, tan dulce para esos insectos, terminaba con la piel hinchada. Allí, en esa vereda, habían nacido mi madre y padre, sin muchas de las comodidades que ahora consideramos necesarias como la tv., o algo más sencillo como una buena cama. Ellos trabajaban recolectando café y realizando sacos de fique; estudiaron en la escuelita de esa vereda. Mi padre hizo hasta quinto de primaria, pero no continuó, no porque no tuviera la oportunidad sino porque veía que estudiando no se ganaba plata. Mi madre logró cursar noveno grado y, a diferencia de mi padre, ella no pudo continuar porque debía encargarse de los hermanos más pequeños. Como ya sabemos, en esas épocas estaba bien visto tener una familia numerosa; mi padre tuvo doce hermanos al igual que mi madre.

En esa semana de diversión, yendo a Pozo azul y Barichara (pueblo patrimonio de Colombia), pensé que en esa escuela a la que fueron mis padres se escondían sus años de juventud. La cancha, ya un poco destruida, era parte de esa historia no relatada por el presente y yo yendo allá intentaba reconstruir sus pasos, sus alegrías y tristezas sintiendo a la vez que todo aquello con mi presencia se desvanecía dando paso a otros relatos más tempranos. Estaba

decidida a indagar más acerca del pasado de mis padres, pero sabía que esa era una labor complicada; quería saber sobre todo qué cosa, momento o etapa de la vida de mi padre propició el consumo del alcohol desmedido. Son muy pocas las veces que lo he podido conocer sobrio, muy pocas son las veces que lo he visto llorar, aprender de sus sentimientos, verlo sonreír es casi lo mismo que encontrar vida en otro planeta, algo que uno busca pero que no conoce por completo.

Y hablando de esto, quiero exponer cómo en un tiempo solo soñaba esta cosa trágica: mi padre acababa de salir de una cantina; puedo experimentar su tufo, apenas si podía sostenerse, era de noche, las farolas de la estrecha calle iluminaban su rostro desfigurado, podía ver a las trabajadoras sexuales esperando un cliente. Yo estaba viéndolo, se arrodilla y toca mi mano para que luego en un segundo llegara un desconocido y le arrancara la lengua; no lloró, pero sus ojos se aguaron, se parecía a un niño escuálido que se siente preocupado porque no sabe qué castigo le espera en casa. Su sangre brillaba con la luz, era como una cascada que resbalaba desde su boca hasta sus rodillas cayendo incluso en la alcantarilla más cercana. Este sueño atormentó mi mente por un largo tiempo, escarbando mis vísceras y sacándome de quicio; al final fue superado por otros muchos más aterradores.

Podría decir que he recorrido mis sueños y, olvidando en otros términos la realidad, sueño que un gato negro se asoma por la ventana, mira lo que sus ojos le permiten vislumbrar, pero no le interesa salir; no quiere desilusionarse y por eso en ocasiones pienso que los sueños pueden ser un escape, pueden abrir múltiples ventanas que solo el temerario logra pasar excluyendo a los insensibles. Además, los felinos son para mí magníficos, tienen gran presencia y me siento más que sorprendida por sus variados encantos, sin olvidar que son reconocidos como algunos de los mejores cazadores en el reino animal por su sigilo y velocidad. No puedo obviar la presencia

de mi gato ni mucho menos negar que había sido mi única compañía antes de ser traída a la fuerza a este centro de rehabilitación sin justa causa.

Los sueños interpretan tus miedos y anhelos, yo creía que todo lo que soñaba fecundaba mi realidad. Por eso, estimaba que mi vida era perfecta, porque los sueños aquí contados se me hacían hermosos; me estremecía y aterraba cómo podían hacerme sentir y disfrutar; el ave dorada no necesitaba salir, la alimentaban y tenía un lugar seguro de los depredadores, salir sería para ella un castigo. El gato murió porque fui yo quien lo hizo tirar de la ventana para que conociera lo que se había perdido al estar conmigo. En otras palabras, la curiosidad mató al gato y, por último, y el meollo del asunto es que yo había decidido cumplir mi sueño de arrancarle la lengua a mi padre, busqué la ocasión, no fue tan fácil. Él había llegado del trabajo; por lo general, con gritos e insultos pedía el plato de comida para luego irse a dormir. La noche esperaba ese sacrificio y yo estaba enloquecida por hacerlo realidad, pero las cosas no salieron según los planes.

Cabe preguntarse quién era esa otra ave que andaba conmigo, qué importancia tendría este otro personaje, pero aún hasta el día de hoy no he podido identificarlo. Tal vez solo sea mi conciencia que en esta pequeña declaración se presentó otra vez como el culpable de arrancarle la lengua a mi padre y el incitador que permeó mi mente para hacerlo realidad pudo ser también un simple ente maligno, un practicante que dejó evidencias en el camino, huellas imborrables en mi historia y la realidad de quien, por su propia autoridad, decide leer este pequeño texto. Creo que ya puedo descansar de quien me atormentó la mente; aun así, con todo esto, fingir sentimientos de arrepentimiento y nostalgia no darían cuenta de lo que en realidad siento. Ya no hay nada que ocultar y en consecuencia he abierto el camino hacia la redención, conocí el infierno y busco la libertad y en ese instante declaré que el juicio

sólo procede en mi mente, yo soy la única capaz de ocultar o revelar los secretos y desventuras de mi alma y debería yo ser la única en colmarme de castigos o, todo lo contrario.

Entonces, ¿qué es lo que en verdad siento? Siento que realicé el acto más noble de la historia que otro concluirá; no puede existir algo más puro que darle la muerte a quien por situaciones no aptas nació y se desarrolló en un mundo cada vez más salvaje y vacío, y sé que existirán más como yo, con el deseo de limpiar almas. El mundo tomará como principal ley lo que los sueños nos conducen, y nuestra religión será seguirlos, lejos de connotaciones morales y pretensiones amables. Finalmente, mi destino es demasiado incierto; en este lugar sólo maquillan la realidad afirmando que estoy loca, pero ¿intentar vivir en un mundo más equilibrado es estar demente? Demente deberían ser ellos al no vislumbrar de frente, con una mirada fija, los indicios que nos señalan el verdadero paraíso, uno que sí puede sentirse y apropiarse antes de llegar al paraíso de cartón en el que se supone todos están felices, el asesino, el ratero, el violador, todos en conjunto disfrutando de los placeres que no apreciaron en la más remota realidad.

categoria EGRESADOS



PRIMER PUESTO

Neonia

Fabián Guillermo Ramírez Ruíz
Especialización en Gerencia de Empresas
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
fabian.ramirezr@uniagustiniana.edu.co

(▶) Diálogo. (♣) Escucha. (¶) Escritura. (▼) Lectura. (☼) Lectura visual. (X) Pensamiento. (♡) Recuerdo. (☁) Sueño.



☁ Mareado, camino al Neometro. Me dirijo a casa de mi fallecida madre. ¿Está él aquí? Ese escalofrío arranca la paz de mi nuca otra vez.

Alcanzo a ver su reflejo siniestro por la ventana. Sí, está. No me atrevo a girar.

En Materna16, levanto el florero empapado y él se escabulle entre mis dedos hasta apretarme el brazo. Grito un aliento desde mi infierno, pero se ahoga en las paredes de mi boca. Intento verlo, pero se disuelve y cae marchitando las flores.

Salgo del Neometro empujando a quienes entran. Él no consigue agarrarme. Me escondo tras el horizonte de un pequeñísimo andén, confiando que sea más estúpido que yo. Él me busca, pero ya no me ve. ☁

X ¿Quién es? X

▶ ¿Novidga? Pasa. Soy Tarssicleo.

Únicamente necesito compañía, mañana saldré temprano.

Sabes que los Hacedores dan su discurso esta noche. ¿Qué canal te gusta? Yo prefiero los cortes que hace NacionNews. Aunque haya como 500 canales diferentes de derecha.

Ah, ¿te gusta SocialNeo? ◀



Amantísimos neonianos. En el aniversario 43 de nuestra excelentísima nación, Neonía, recordamos nuestras hazañas, que ayudaron a diseñar un país para que todos vivan en paz, sean incluidos,

privilegiados y ninguna identidad sea menospreciada; el país con el espectro político más amplio del mundo y donde todos tienen la misma fuerza para hacer escuchar su voz. El cultivo de los mejores sistemas y profesionales del mundo se ha creado en Neonia, el lugar donde nacen y se garantizan las libertades individuales, mientras construimos, en sociedad y de nuestra mano y de la del Centro para la Protección de los Ciudadanos Neonianos, el futuro.

Conmemoremos la victoria de Neonia sobre la tiranía de Noelia. Por ello, eliminamos siempre a la corrupción de nuestros sistemas y permitimos que todos los pensamientos, los actos, las perspectivas y las voces sean posibles, reeducando desde el Centro para la Salud y la Paz Mental de los Neonianos y exneoniando a los que atenten contra las libertades de nuestros amantísimos neonianos.

Somos la nación ideal.

Celebren, que nosotros os seguiremos cuidando. Amantísimos, en Neonia somos todos libres de pensar, hacer, ver y oír.

SocialNeo



¶ Novidga, me da curiosidad saber cómo es la vida afuera de Neonia. Un día viajaré a Anika, pero no como un exneoniano. Avisame cuándo estarás en tu tierra natal para visitarte. ¶



Respuesta del Centro para la Salud y la Paz Mental de los Neonianos para la investigación 0.00025 (El rey de las ratas) al Investigador neoniano Tarsicleo.

1.1 Resumen:

Los cuatro jóvenes (perfiles detallados posteriormente) se encontraban siendo reeducados en el CSPMN por trastornos relacionados

con la personalidad narcisista. En el curso promedio de 823 días crearon una agrupación problemática para incrementar la atención obtenida de los estudiantes y profesores; situación que fue controlada en todas las ocasiones.

Ante la perfección del CSPMN, los jóvenes entraron en un cuadro comportamental denominado El rey de las ratas, en el cual, a falta de atención exterior, los jóvenes buscaron dominar dentro de la agrupación, llegando a traicionarse a muerte entre sí. El último en pie (el rey de las ratas) se quitó la vida, pues no tenía sobre quién ejercer su dominio.



✕ Pero los exámenes de los cuatro demuestran un mejoramiento desde el primer semestre. ✕

♡ *Por ello eliminamos siempre a la corrupción de nuestros sistemas.* ♡

✕ Claro, es muy inconveniente pensar que únicamente los exámenes determinan la calidad mental de los estudiantes. ✕

¶ Emisión por parte del investigador neoniano Tarssicleo:

Tras revisar los veredictos de los profesionales neonianos del CSPMN, determino que cualquier inconformidad encontrada es resultado de un sesgo individual. El suicidio de los cuatro jóvenes es como lo describe el CSPMN. ♡ *El cultivo de los mejores sistemas y profesionales del mundo se ha creado en Neonia* ♡ pues los sistemas de Neonia han sido concebidos para ser inviolables y cualquier profesional que actúe en aras de la corrupción, habría sido ya un exneoniano. ¶



Expediente 470.399: neoniano Catorsse (brotes esquizofrénicos).

1.1 Resumen:

Antes de su inscripción en el CSPMN, el ciudadano Catorsse manifestó soñar recurrentemente con un hombre desconocido que lo persigue. El ciudadano es inscrito en el CSPMN, tras manifestar que el hombre que lo persigue en sueños ha aparecido en su habitación después de despertar. Tras 4561 días en estado de reeducación, Catorsse decidió volver a la sociedad como neoniano.



☀ ViejaRijn21. Casa de Catorsse.

En su habitación se encuentra una cama y un espejo, pero no hay pistas del hombre. Nadie habita esta casa.

✗ Ha desaparecido. ✗

Me miro en el espejo.

✗ ¿Qué es eso? ✗

Tras el espejo hay una grieta y allí hay un papel roto. ☀



Pregunta en Anika. Caro...



► Hola, Novidga. ¿Pudiste encontrar algo? ◀



El comerciante de un viejo mercado dijo que nunca había escuchado el nombre Catorsse. Después de mostrarle el papel y su expediente me dio un libro que podría coincidir. *Carostes: El hombre de mis pesadillas*. En la portada tiene el Narciso de Caravaggio. También me entregó una fotografía de un joven sosteniendo una pancarta: “Ha caído Noelia, régimen absolutista. Carostes me dio la libertad y yo hice caer a Noelia”.

El libro comienza así: el hombre que me persigue en sueños es mi sombra en la vida real. Él me conoce por completo, pero yo no sé de él. Nunca he sido capaz de enfrentarlo. Es alguien a quien temo, pues podría arrebatarle la vida.



X ¿Fue Carostes un Hacedor de Neonia? X

X ¿El hombre que le aterraba a Carostes en realidad es el régimen Noeliano? X

► Ahora no puedo ir allí, no tengo ningún lazo con Anika. Si salgo de repente, pensarán que soy un exneoniano. Trae el libro, por favor. ◀

X ¿Por qué se hizo pasar por Catorsse y vivió en el anonimato y no como un Hacedor? X

► ¿Novidga? Pasa. ◀



Tarssicleo, está bajo arresto.

Será interrogado por el CPCN por el cargo de tentativa de contrabando de mercancía de origen cuestionable y filtración de archivos confidenciales de la nación, señalado por una ciudadana neoniana y por el CSPMN para determinar qué causas psiquiátricas precedieron esta conducta.



X ¿Novidga? X



Tarssicleo. Como profesional del CSPMN conozco que usted ha concluido con la investigación denominada El rey de las ratas,

dándonos su voto favorable. También sé que usted se inmiscuyó en el expediente 470.399 sin autorización, con el fin de encontrar en los delirios de un hombre enfermo pistas para resolver su pesadilla recurrente, interrumpiendo su servicio a Neonia y a sus ciudadanos.

X ¿Cómo saben eso? X

X Nunca le he contado mi pesadilla a Novidga. X

Por tal motivo, se remitirá a investigaciones por parte del CSPMN para determinar si usted es paciente de trastornos relacionados con la personalidad narcisista.

X ¿Narcisista? X

Pasará la noche en el CPCN por el bien de las libertades de los neonianos.



⊖ Mareado, camino al Neometro. Me dirijo a casa de mi fallecida madre. ¿Está él aquí? Ese escalofrío arranca la paz de mi nuca otra vez.

Alcanzo a ver su reflejo siniestro por la ventana. Sí, está. No me atrevo a girar. El hombre susurra: *Narcisista, eres narcisista.* ⊖

X ¿Por qué el CSPMN dice que soy un narcisista? X

♡ ¿El hombre que le aterraba a Carostes en realidad es el régimen Noeliano? ♡

X Yo no soy narcisista. X

X ¿Es Neonia el hombre que me persigue en mis pesadillas? X



Tarssicleo, determinaremos si es usted paciente de trastornos relacionados con la personalidad narcisista y si está vinculado con la red de contrabando de mercados negros de Anika. Responda las siguientes preguntas.

Novidga es una prostituta de Anika. Fue declarada recientemente como exneoniana por relaciones con el mercado negro de su país y con el caso en el que está usted involucrado; por esto, se le veta de por vida la entrada a esta nación ¿Qué relación tiene con esta mujer?

♡ Hola, Novidga. ¿Pudiste encontrar algo? ♡

♡ *Un comerciante de un viejo mercado tenía esto.* ♡

▶ La contraté para que me acompañara en la noche del aniversario 43 de Neonia. ◀

Después de emitir sobre el caso del Rey de las ratas, usted accedió a un expediente para el cual no tenía permiso, el 470.399 del neoniano Catorsse. ¿Esto es cierto?

♡ *Dijo que nunca había escuchado el nombre Catorsse.* ♡

▶ Si, accedí a ese expediente. ◀

¿Es consciente de que, luego de irrumpir en la propiedad privada del ciudadano Catorsse, le dio a la prostituta el expediente, quien lo trasladó a Anika, filtrando información confidencial de nuestra nación y de dicho neoniano?

♡ En su habitación aún se encuentra una cama y un espejo, pero no hay pistas del hombre. ♡

♡ *Después de mostrarle el papel y su expediente, me dio un libro. Carostes: El hombre de mis pesadillas.* ♡

♡ *En la portada tiene el Narciso de Caravaggio.* ♡

X Narciso. X

♡ Me miro en el espejo. X ¿Qué es eso? X ♡

Por favor, responda a mi pregunta con diligencia.

X El Narciso de Caravaggio X X El espejo X

¡Oiga, Tarssicleo, no se busque más problemas, atienda!

♡ *El ciudadano es inscrito en el CSPMN tras manifestar que el hombre que le persigue en sueños ha aparecido en su habitación después de despertar.* ♡

X Mierda, era él. El hombre de sus pesadillas es él mismo. X

¡Tarssicleo, le ordeno que responda, no me haga llamar a los agentes del CPCN!

X Carostes soñó con el hombre. Se despertó y se vio a sí mismo en el espejo. X

♡ Me miro en el espejo. X ¿Qué es eso? X ♡

X Soy yo, el hombre de mis pesadillas no es Neonia, soy yo. X

¡Tarssicleo!

♡ El hombre que me persigue en sueños es mi sombra en la vida real. [...] Nunca he sido capaz de enfrentarlo. Es alguien a quien temo [...] ♡

X Yo no soy narcisista. Neonia miente X

¡Llévenselo!



♡ *También me entregó una fotografía de un joven sosteniendo una pancarta: Ha caído Noelia, régimen absolutista. Carostes me dio la libertad y yo hice caer a Noelia.* ♡

X Los hacedores ocultaron la historia de Carostes cambiando su nombre por Catorse. X

X Neonia no derrotó a Noelia, fueron las enseñanzas de Carostes. X

X ¿Los cuatro jóvenes del CSPMN conocieron las enseñanzas de Carostes? ¿Por ello, fueron llevados al CSPMN estando bien mentalmente? X

X Carostes enseñó a los jóvenes a enfrentarse a sí mismos. X

♡ *Carostes me dio la libertad.* ♡

X Los exámenes de los cuatro jóvenes del CSPMN demuestran un mejoramiento desde el primer semestre. Es porque desde el principio estaban bien. Ellos nunca fueron narcisistas. Neonia miente. X

X Carostes me dio la libertad. X

X ¿Y Novidga? ¿Qué pasó con Novidga? X



Registro mental del ciudadano Tariselcos para ser inscrito en el programa de reeducación del CSPMN como estudiante No 23.889.632. Perteneciente al expediente 598.821: Tariselcos (Trastornos relacionados con la personalidad narcisista y simpatía por la delincuencia). Tiempo estimado del reeducado en el programa: 17.320 días.

CSPMN, Neonia, libres de pensar, hacer, ver y oír.

Carostes, un novelista con talento, silenciado por las torturas de la tiranía extinta de Noelia.

- SocialNeo.

Prostituta de Anika acusa a Neonia de ser una tiranía, la compara con la extinta Noelia. Obviamente es una falsedad.

- NacionNews.

SEGUNDO PUESTO

El secreto de mi familia

Lizeth Vanessa Loaiza Acosta
Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
liz_acosta0927@hotmail.com

Mi familia es bastante peculiar, amorosamente peculiar, diría yo. Mi padre es un contador jubilado y mi madre, una humilde ama de casa. Somos 3 hijas; mi hermana mayor, Juliana, tiene 21 años, está a punto de graduarse como fotógrafa en una academia donde consiguió una beca por su excelencia en el colegio. Gabriela, la del centro, está a punto de cumplir la mayoría de edad y sueña con que mis padres le den la oportunidad de irse a cuidar niños ajenos en Estados Unidos. En cambio, mi pensamiento y mi forma de ser son más realistas; soy Laura, tengo 16 años y quiero ser como mi madre, una amorosa y fiel esposa que tiene al cuidado sus hijos y que convive con un marido espléndido. Amo a mi familia, pero nuestra situación no permite que soñemos tanto. Hace un par de meses terminé el colegio y estoy a cargo del gallinero de papá, y en sí, del cuidado de los animales de la casa, que son pocos, pero qué feliz me hace esta labor.

En la mañana, papá nos dijo que iríamos a visitar al tío Abelardo. No podemos sentir más repudio por este hecho, pero mis papás dicen que hay que tenerlo cerquita para ver si nos deja algo de su cuantiosa herencia; a leguas se nota que necesitamos parte del dinero que supuestamente nos dejará. La razón principal por la que iremos a visitar al viejo ermitaño es, sencillamente, porque le pidió a toda su familia cercana que se reuniera con él para su cumpleaños. Nunca invita a nadie, ni acepta llamadas, escasamente sabemos que está vivo porque para navidad envía treinta mil pesos a cada una de nosotras y una tediosa tarjeta familiar que dice “nos veremos pronto”. Hasta este momento de la historia, todo parece normal; una familia humilde que tiene un tío rico al cual van a visitar, por obligación, para mendigar unos centavos y así poder subsistir en este mundo en el que, como dice papá, solo tienen oportunidades los altos mandos.

El sábado es el día en que iremos a visitar al viejo decrepito. Lamento ser tan antipática con mis pensamientos, pero poco a

poco iré contando por qué me causa tanta molestia ir a visitar al dichoso tío rico. Estamos alistando la maleta. Serán tres días de oscuridad y de comida con pocas probabilidades de frescura, así que tengo que empacar buenas municiones. Mis hermanas no aguantan tanto y no las puedo desamparar. La última vez que fuimos a esa cabaña, solamente había unas galletas tan viejas que mi hermana vomitó durante un día. Le dije a papá que quiero quedarme con las gallinas y Jack, el perro de la casa. Sin embargo, no tuve éxito. —De ninguna manera, vamos todos, y es mi última palabra.

Por fin llegó el sábado. Amaneció lloviendo y la carcacha de la familia parece que tampoco quiere ir a visitar al tío; al fin y al cabo, todo pasa por algo, dicen por ahí. Son las 8:00 a. m. y no hemos podido arrancar. Papá insiste en que el carro estaba perfecto el día anterior. Lleva años con ese cuento, no sé por qué no acepta que su auto ya está apto para ser pasado por chatarra. Terminamos saliendo de casa a las 11:00 a. m. Son doce horas de camino, así que ya se pueden imaginar el tremendo viaje que le espera a la familia Cortés. A medio camino, Juliana ha tomado el volante porque a papá le ha dado la maluquera, como dicen en mi tierra. Llevamos cinco horas andando y ya todos estamos cansados, hemos parado varias veces porque el carro no es que aguante tanto y hay que hidratarlo para que agilice el paso. No alargaré más el cuento del viaje porque sería centrarme en lo menos importante de esta historia.

Llegamos, sin dinero y sin una gota de agua porque toda se la tomó el carro. Sale una señora y nos dice que entremos. Dice mi Mamá que no sabía que alguien viviera con el tío. Falta ver si no está también detrás de sus ahorros. Con mis hermanas nos encargamos de las maletas mientras mis papás entraban a ver al tío Abelardo. Nos tardamos bastante planeando cómo lo íbamos a saludar. Entre menos contacto físico haya con ese viejo asqueroso, mucho mejor. Por fin entramos, justo como recuerdo esta cabaña, lujosa pero oscura, llena de telarañas y con un escalofriante ambiente en cada

rincón. —Hola tío, —decimos las tres desde la puerta. Mis papás, con un gesto de desaprobación, nos piden que vayamos a saludar bien y lo hacemos, pero ese viejo no pierde oportunidad para manosear con su boca cada uno de nuestros rostros. La señora que nos abrió nos mostró las habitaciones. El tío pidió que cada una estuviera en una. Llenas de desconfianza, y antes de que dijéramos “no” en armonioso conjunto, mamá nos dijo que hiciéramos caso, pero que en la noche nos pasemos a una misma habitación para quedarnos juntas.

Terminamos la cena y nos despedimos para ir a dormir, mañana es el cumpleaños del tío y queremos que todo pase muy rápido. Le hemos traído de regalo un saco que tejió mamá en un abrir y cerrar de ojos. Hasta mañana, decimos todos, y mi hermana, ya en camisón, se aguanta las miradas pervertidas del tío. Caramba, quiero que salgamos de aquí ya. Una visita inesperada en mi cuarto. El tío Abelardo quiere hablar de mi futuro y de lo mucho que puede hacer por mí si me porto bien. Estoy a punto de traspasar, pero sé que no le puedo pedir que se vaya porque fijo nos saca de la casa y adiós herencia. Decido escucharlo de lejos, él se acerca y me baja la blusa, quiero gritar y pienso en Gabriela y su anhelado viaje a Estados Unidos. Qué hacer, qué momento más incómodo. Me ha preguntado si estoy depilada; este viejo asqueroso espera poseerme sin compasión y, además, tiene un aliento de dragón que me tiene hipnotizada. Tocan a la puerta. Qué ilusión, es Juliana, mi salvación, que viene a darme las buenas noches. La miro con terror y me pide que vaya a su cuarto porque no encuentra algo. Me quedo dormida en su regazo mientras lloro desconsoladamente. Tengo miedo, pero estoy con ella y eso me tranquiliza.

Al otro día, quiero contarles a mis padres, pero no están, mis hermanas tampoco. ¡Dios mío!, siento terror de estar sola con ese señor. Lo veo y me regaña porque lo dejé solo anoche. Le invento que me voy a bañar y me encierro en el baño; sigo con miedo y

con ganas de vomitar; cada minuto que pasa es un puñado de desaliento para esta pobre alma joven. Me baño rápido y me quedo en toalla, sentada en el inodoro. La puerta tiene llave y me siento segura. Sin embargo, este hombre escandaloso entra y me dice que quiere estar dentro mío. ¡Cuánta vulgaridad! No soy capaz de parar de llorar. Mientras me está tocando, siento que mi cuerpo muere lentamente y así, con una entrada bestial, me penetra. Grito y me calla la boca con su mano arrugada. Mientras se sube los pantalones me dice que mi futuro y el de mi familia está resuelto. Estoy llena de sangre, me baño nuevamente y me acurruco. Pasan horas, tengo que salir.

Mi familia ha vuelto. Quise decirles a mis padres lo que me pasó, pero al verlos, me dicen que el tío Abelardo estuvo con ellos todo el tiempo. Mis hermanas sí me creen y lloran conmigo; soy la menor, la indefensa, sobre mi espalda está el peso de una familia que a gritos necesita dinero para seguir viviendo. Si me preguntan cómo pasó toda esta tragedia, solo les voy a decir que el tío Abelardo se las ingenió para dejarlos solos por un tiempo en el pueblo y por eso vino a maltratarme. He decidido callar, mañana sabremos si este martirio sirvió para algo.

Despierto adolorida. Quiero irme a mi casa; necesito abrazar a mi oso de peluche y poder tener la ingenuidad para pensar que todo esto va a pasar pronto. Bajo a desayunar y tengo una discusión con mi familia. —¡Papá, no!, no quiero vivir aquí, me voy a casa, así sea caminando—. Mi Padre, que nunca lo había hecho, me da una bofetada. Mamá espantada me pide que lo piense tranquilamente porque será sólo por un mes. Y qué largo se ha hecho este mes. La cabaña se ha puesto cada día más linda, arreglada y con olor a flores; ya no hay oscuridad, pero en mi alma habita una tristeza que no desaparece. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que sonreí. No me ha llegado el periodo; mi hermana dice que todo esto es por

estrés, que a ella le ha pasado muchas veces, pero he notado que mi panza crece y no puede ser gordura porque he dejado de comer.

Unos meses más aquí, voy a desfallecer, parece que toda mi familia tiene la vida resuelta menos yo. Mi padre ha colocado una oficina para dar asesorías financieras, mi madre está tan ocupada en la casa que se ha olvidado de los problemas, Juliana entró a trabajar al periódico del pueblo y mi hermana Gabriela ya tiene todo listo para su viaje, cuidará dos niños en Filadelfia. Mi infelicidad le dio vida a mi familia. Debería llenarme de orgullo, pero cumplí 17 años y estoy embarazada. Mis padres creen que tengo un enamorado que me hizo “el mandando” y no me hablan hace meses. Todas las noches me aguanto al viejo entrar a mi cuarto para tener relaciones; algunas veces me besa y me acaricia, otras simplemente se baja el pantalón, me descubre la parte íntima y me ataca como un animal. Estoy a punto de enloquecer y de dar a luz. Lloro, todos están en casa, viene una partera, grito de dolor y sale la niña que tengo dentro. —Todo estará bien —dice la señora de la casa.

-

Mis padres han decidido volver a casa. La crisis económica pasó y el tío Abelardo se ha portado muy bien con ellos; les dejó la mitad de sus bienes y una buena cantidad de dinero en una cuenta del extranjero que seguramente será muy bien administrada por mis padres. El aborrecido tío Abelardo ha muerto, no sin antes, en su lecho de muerte, pedirme perdón por todas las atrocidades que hizo. Fui tan ingenua que creí que mis padres le iban a reclamar, pero no, todo resultó un ser un acuerdo absurdo en el que mi integridad era la que finalmente salvaría a mi familia a cambio de dinero. En estos momentos, juro que olvidé que eran mis padres. Sin exaltarme, salí de la habitación y hasta el sol de hoy no he vuelto a saber de ningún miembro de mi familia. Hoy les agradezco haberme hecho partícipe de ese secreto tan repugnante, pues me

demostró que mis ilusiones siempre estuvieron tocando el suelo y no el infierno como las de mis hermanas.

TERCER PUESTO

¡Salvo Patria!

Judy Vanessa Agredo Sierra
Negocios Internacionales
Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
vanessaagredo@outlook.com

1,2,3 por mí. ¡Salvo patria! Gritó Ivana con la emoción que solo un eco fue capaz de atrapar y darle vida, porque era la primera vez que alcanzaba a chocar su mano con un gran muro que separaba su casa del lugar que más amaba, el patio con la llanura más hermosa y profunda que guarda su tierra natal.

Tocó el muro donde se hacían los conteos eternos para que otros pudiesen buscar el lugar más oscuro, estratégico y pequeño posible para no ser encontrados; porque, quien lo fuera, sería puesto en ridículo por aquel que tenía la responsabilidad de llevar el conteo y, adicional, una vez todos fueran encontrados o corrieran con más agilidad que el contador y alcanzara a gritar, estaría a salvo de contar números que quizás ni se sabían porque en la escuela de la vereda aún no tenían el privilegio de aprenderlos, y como si fuera poco, en los pueblos colombianos en un intento casi nulo de equidad, se decide bajo la regla que de acuerdo a la edad o la estatura se pone un rango de números, así que para cada uno es algo sorpresivo y depende la suerte que lo acompañe en el juego.

Ivana gritó unas tres veces más, saltando duro de la emoción, con la certeza de que los demás la escucharían y le agradecerían por convertirse en la heroína del juego al salvarlos de tener que contar, pero también del estrés terrible que producía salir en búsqueda de los demás, dejar el muro sin defensa, dispuesto para los ágiles e intentar ir a esas trincheras, lugares extraños y muy creativos que surgían en la premura de no ser encontrados.

Gritó por última vez, pero en ese momento escuchó algo que le dio inicio a la transformación de su historia de vida: un silencio absoluto. No escuchó siquiera guarrear a su marrana Petunia, que lo hacía todos los días alrededor de unas diez horas. Un silencio que le produjo un sentimiento que hoy aún no puede describir pero que la llevó a tomar la decisión de salir en búsqueda del contador con un poco de miedo, pero con la confianza plena de que su grito heroico los había salvado.

Pero, antes de entrar a la casa, decidió dar media vuelta y contemplar el paraíso en el que vivía; se dio la oportunidad de agradecer en ese silencio confuso e incómodo. Se encontró con la sorpresa de visualizar su puesta del sol favorita en donde se mezclan los colores de la tierra oscura, el verde del pasto, el cielo, en una mezcla de naranja, rosado, rojo y algo de blanco. Se quedó de pie por alrededor de una hora mientras anochecía; solo contemplando, no pasaba nada por su cabeza que no fuera sentirse amada con tanta grandeza de la creación.

Cuando empezó a oscurecer, cayó en la cuenta de lo que estaba haciendo antes de dejarse seducir por estos colores y recordó que debía entrar en búsqueda del contador que en este turno era su padre, pues él era quien dedicaba sus tardes de domingo a inventarse juegos, trepar árboles, recolectar frutos con el propósito de compartir y ser una figura importante para sus hijos y sobrinos que, si bien lo recuerda Ivana, eran doce niños de todas las edades y con las singularidades más divertidas.

En el lugar donde vivía, la luz estaba disponible hasta las 7:00 p.m., así que se quedó a oscuras totalmente. No recordaba dónde guardaban las linternas pues a esa hora ya todos en su vereda estaban dormidos o por los menos rezando el rosario para el descanso, así que lo único que se le ocurrió fue volver a un pequeño depósito que había al lado del muro de los conteos, pues este era uno de los lugares que muchos ya habían convertido en una guarida; pero, además, era el lugar donde su madre muy organizadamente tenía todos los elementos necesarios para labrar la tierra y otras cosas que, como bien ella decía, no eran basura, eran un “por si acaso”. Así que del depósito tomó unas velas blancas y unos fósforos porque fue lo único que encontró para tener algo de luz y buscar al contador y a sus compañeros de juego salvados.

Prendió las velas, empezó a dar pasos por un pasillo que conectaba toda su casa; descubrió que había algo nuevo que tenían sus paredes: unos agujeros negros que las atravesaron. Su curiosidad la llevó a intentar introducir sus dedos para entender la composición o incluso conocer su origen, pero no encontró nada. Así que acercó su ojo derecho para mirar a través del agujero y no halló más que oscuridad y silencio. Continuó haciendo la ruta de los agujeros con sus manos, contando uno a uno mientras pensaba en qué máquina o herramienta había usado alguien para hacerlos. Se detuvo en el agujero número quince porque en sus pies sintió arena por montones y se agachó para comprobar qué podía ser.

Continuó contando los agujeros y percibió que cada vez estaban más cerca el uno del otro como si hubiesen logrado hacerlo con más frecuencia o si pretendieran hacer una figura. Llegó al agujero 300, que estaba en la puerta de salida, y miró a través de él. Dejó de gritar porque se dio cuenta de que todos seguían escondidos, que nadie quería ponerse en evidencia, hasta que al abrir la puerta sintió con sus pies un gran charco de agua, como pasaba cada vez que se inundaban las casas; así que acercó la vela a sus pies, pero observó que el color era muy distinto al del agua, de manera que decidió poner en su mano una gota para ver su textura, olerla y entender qué podría ser.

Todas las dudas inundaron su cabeza, nada tenía sentido. La estaban desesperando, no encontraba respuestas. Así que iluminó el camino del charco, decidió ir gateando por la escasez de luz hasta que se topó con el escondite favorito de su hermano, sintió su cuerpo, iluminó su rostro para que se despertara, pero no tuvo respuesta, así que iluminó su cuerpo y vio dos agujeros como los de las paredes. Se quedó dormida en su regazo.

Entonces, solo entonces, entendió que alguien antes había gritado “salvo patria” y todos habían perdido.

categoria DOCENTES



PRIMER PUESTO

A los pies de la cruz

Fabio Andrés Vinasco Ñustes

“Andrs Trece”

Arquitectura

Facultad de Arte, Comunicación y Cultura

fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

A las madres de Soacha.

Eran seis en el Calvario, a los pies de la cruz.

Bajó la mirada, pero no supo cómo consolar a su madre; había salido de casa buscando pan, vino y algo más que poner en la mesa, pero una falsa promesa, un falso amigo, un gobernante ambicioso que deseaba reafirmar su poder, un soldado que valoró más un premio que una vida, soltaron al bandido pero le apresaron, malvistieron y humillaron, le habían impedido volver al lugar de sus amores.

Clavado en la cruz apenas podía ver las lágrimas de su madre que rodaban a mares por sus mejillas y no podía estirar la mano para acariciarla y decirle que todo iba a estar bien. Poco a poco la luz del día cedió el horizonte a la oscuridad y su mirada se perdió en la distancia viendo el último suspiro del ocaso. El aire se llenaba del olor húmedo de la tierra y, aunque buscó otra mirada que se encontrara con la suya entre quienes iban a ver su cuerpo, sólo encontró oscuridad, más noche, los ruidos de la selva y los llamados de animales que parecían gemir su pérdida. Subió la mirada al cielo buscando alguna señal y, mientras contemplaba las estrellas, sintió el peso de la noche sobre sus ojos. Exploró ese silencio lleno de sollozos, de más dolor. Allí sonaba la manigua con sus mil voces, acá los soldados que se jugaban a la suerte su ropa, allá (como un susurro) alguien que hablaba con el padre, reclamándole, sin entender ese destino de papel, escrito para alguien más, para otro hijo del hombre, para otras madres y otras vidas.

El gobernante quería ganar el apoyo de un sector conservador que sentía amenazada su forma de vida por la inconformidad de un pueblo oprimido; no tardó en cruzar la fina línea entre la ley y el crimen para mostrar un resultado de sangre, y ese cuerpo sin vida, en la cima del monte, con el costado herido y los harapos colgando

permitía presumir el ejercicio de un poder innombrable. Pocas cosas calman la sed de quienes detentan el poder como la sangre. Poco le valía soltar al criminal y condenar a muerte al inocente.

Para el soldado que seguía sus órdenes esa era una guerra maldita, de jornadas marcadas por la muerte, de temor, de zozobra, de largas caminatas que contrastaban con la riqueza que se veía en las capitales. Entre los matorrales, en cada kilo que el gobierno de turno simulaba quemar pero que escondía y traficaban, iba la cruda realidad de los muertos inocentes, de las vidas segadas, de las esperanzas rotas; pero las verdades de prensa eran otras, y él ahí, metido en el monte, con los pies ampollados y la espalda rota por el peso del menaje. Sólo tuvo que ponerle unas sandalias y un letrero que trajeron con los periodistas, las cuatro letras que despertaban el odio de sus jefes; y después de las fotos y de las mentiras: el permiso, el descanso, unos días en la babilonia capital, una puerta al gozo fácil donde gastar sus mal habidos denarios. Qué era la muerte de otro frente a esa promesa, si igual son carne de cañón y nadie los reclama, y si los reclama también les ponen botas y les toman fotos y les cosen cartelitos a la ropa y les ponen esas mismas armas y esos mismos uniformes de feria, y mejor estar de este lado que del lado de la bala, y pues sí, son muertos, pero no son tantos, y al fin y al cabo tiene el alma podrida y en el infierno será lo mismo un día que mil, porque ese es el castigo, pero la vida es corta y él quería el descanso. De repente, sintió el olor de la sangre y se le secó la boca; pensó en tomar algo de agua, hasta que sintió las gotas que le mojaban la cara y pensó en si sería sangre de la herida en el costado, y se le vino el peso del mundo al estómago, como una patada que le desocupó todo y el mareo que le hizo acostarse en el piso con los ojos puestos en las estrellas que pueblan el campo, huyendo de la luz artificial de las ciudades, donde ya no las vemos. Sus miradas eran una.

La fiscal trató de ponerse en pie, pero la escena nauseabunda la ataba al piso, era obvio que algo hedía en ese cuadro mal pintado pero los soldados le juraban del combate, de las balas, de ese cuerpo al que la ropa de guerra le quedaba grande, de esas manos que nunca habían disparado. Dudaba de sus palabras y de las versiones porque cambiaban levemente: en unas iba caminando, mientras silbaba una canción memorable; en otras, iba llamando pescadores, que dejaron todo por seguirlo; en otras, iba iracundo al templo sacando a correazos a los mercachifles; en todas era distinto y el mismo. Ella sabía que por más insistencia en que ese hombre estaba en todos lados y en ninguno, el cuerpo con los balazos por la espalda y los dos zapatos derechos, estrechos y mal amarrados, contaba una historia que nadie quería oír, de violencia, de mentiras, de un gobierno tapando con cadáveres de inocentes los huecos de miseria que construía con cada indecisión. Sintió que todo se le venía encima levantando aquel cadáver, tomando medidas, fotografías, entrevistando tropa. El olor de la mentira la envolvía como un vértigo maligno en el que giraban las palabras imborrables de la madre que buscaba a su hijo, al humilde carpintero que se fue con unos amigos y no había vuelto; él siempre llamaba y no era de irse por ahí, porque sí. Esas palabras resonaban en su mente, ese dolor ahora era suyo, pero los soldados, la mentira, las balas, el uniforme, todo contaba algo demasiado terrible para creerlo. El vértigo que la envolvía se hizo más fuerte y ella tuvo que recostarse, levantar los ojos, oler el aire tibio y húmedo que la rodeaba como unos brazos muy antiguos, cansados, familiares, ancestrales. Vio que las estrellas se movían y se asustó, pero comprendió que era la luz de las luciérnagas, que se quedaban quietas por segundos como si vieran a saludar el cuerpo que seguía ahí cuando comenzó la lluvia que trajo más insectos, olor a barro, sangre y tristeza.

El falso amigo saltó por encima del antiguo muro de piedra y corrió toda la noche hasta llegar a un pequeño descampado. Cuando

sintió que los demás ya no le perseguían, pudo abrir el saco de monedas para contar el par de pesos que le dieron los soldados por llevar hasta ese huerto de olivos al inocente, al que engañado confió en sus palabras. En ese cercado, entre risas y miradas cómplices, los verdugos dieron a la tierra la sangre del cordero, rieron y bebieron mientras él pensaba en ese dinero maldito y en que sus nombres serían infames por el resto de los días. Pero ellos ahora le pedían silencio y él estuvo dispuesto a guardarlo hasta que vio el cuerpo inocente; entonces, pudo más el miedo y gritó y corrió por la trocha, y se imaginó ahí: tendido en el suelo, sin nombre, ensangrentado, con el tiro del fusil en la nuca, porque así son, cobardes y se ceban de la sangre de los más débiles, de los indefensos, de los hambrientos, de los que anhelan un futuro mejor.

Escuchó ruidos en la manigua y salió corriendo de nuevo. La bolsa de monedas quedó allá, pero esto era para salvar la vida, que vale más, pero él había vendido muchas y era hora de pagar, y corrió hasta desmayarse y sólo sentir la hierba que olía a agua y a paz y a la vida que crece sobre las fosas, sobre los cementerios que tapamos con agua para no ver nuestros crímenes; no importa que ya no se pueda sacar pescado y que el río también se muera mientras se vea el espejismo y las personas puedan sacar sus barcas y tener dónde pasar el puente con sus familias, porque la ciudad está invivable.

Ellos lloraban presos del miedo, eran pescadores y dejar la atarraya para irse a la ciudad era como morir, pero igual el gobierno les inundó la vida con un espejismo que nunca pudo funcionar porque toda la plata se fue en sobornos y no hubo estudios, y el río reclama lo suyo, bien lo sabían: que de la luz no se come, hace falta poner pescado y yuca en la mesa. Cuando recordaron los tiros que se oían en la noche, rompieron en llanto, le dijeron a la fiscal la verdad: que por allá no hay gente mala, ni guerrilla, ni combates, que no conocían al muchacho que sacrificaron en el huerto ni lo habían visto nunca, pero nadie oye a la gente en los campos y ellos

ya estaban empacando porque tras esas historias, falsas, llegan los violentos, los despojadores, los que van por los títulos de la tierra o de la playa y los matan sin preguntar, sean de aquí o de allá.

Antes de irse, invitaron a un sancocho que olía a cielo, a los frutos que da la tierra y el mar, que ahí se aprovecharon por siglos desde antes del primer saqueo, el español, el que pasó a cuchillo a los indígenas porque tampoco se arrodillaron y tampoco entendieron la trampa que les tendían cuando les hablaban de progreso.

Y lloraron por ellos como hoy llora la madre a ese hijo que adoraba y que buscó por tierra y mar hasta llegar ahí, y hablar con los vecinos y recoger las historias de los testigos: de cómo lo llevó un Judas con mentiras y falsas promesas, de cómo lo vendieron por unas monedas y lo entregaron en un huerto a la tropa. Ella lo lloró un par de horas, pero pronto las lágrimas fueron fortaleza y ella supo que tenía que encontrar la verdad, y buscarlo, y llegó a ese Gólgota por el que pasaron tantos inocentes, y del dolor construyó fuerzas, y del dolor sacó la perseverancia para encontrar la verdad que le habían negado a su hijo, y subió la mirada y lo vio ahí, mirándola desde lo alto, y las lágrimas rodaron, pero no era hora de dolor sino de rabia. Y ahí juró que iba a contar esa verdad, y cuando sintió la mirada desde allá arriba, supo que no le iba a fallar hasta que se le acabara la vida, y quiso que él pudiera estirar la mano, y tocarle la mejilla, y que le dijera que todo iba a estar bien. Ese hijo también somos todos.

SEGUNDO PUESTO

Emma y los vínculos disparos de su realidad

Yamid Galindo Cardona
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

El encuentro con Emma

Asumiendo la primera línea y resistencia de estos tiempos, Emma fue soportando la “explosión” de las noticias y su contexto en medio de los incesantes ruidos de la máquina de guerra que fue trasladada a sus calles. La comodidad del apartamento le permitió ver casi en directo el mapa que nos enviaba el país por redes sociales ante la situación de la protesta social que había logrado tumbar medidas institucionales, pero que iba por más sin calcular la respuesta del gobierno y de algunos que decidieron asumir la autodefensa de sus espacios ante la respuesta de las falsas noticias y el desbordado temor del rumor. Juntándose en algunas manifestaciones en resignificadas zonas ante las nuevas ciudadanías, almorzando en ollas comunitarias y, armando arengas en vistosos carteles o en paredes de arte callejero que vivenciaban acciones críticas y coloridas de memoria que en contraparte “gente de bien” convertían en grises y oscuras ante la crudeza del mensaje, se podía leer: ¡No hay futuro sin verdad! ¿Dónde están los desaparecidos? ¡Huye que te coge la muerte! ¡Nos están matando! ¡Estado asesino! ¡La memoria no se borra! ¡No somos los de antes, somos los de hoy en adelante!

Emma recorría las calles mediada por el cataclismo resultante del espacio urbano, los amigos que no regresaron, y el miedo trasladado a su ciudad por “la asistencia militar”. Así, las incidencias del día a día se conectaban con emociones y representaciones de su sociedad que tal vez sumaban a la raíz de sus inquietudes ante la actualidad que nos golpeaba de frente. Posicionando su retrospectiva, notó que sus recuerdos se aunaban a la muerte, articulando momentos que le eran familiares en la cotidianidad que vinculó al presente, cada senda decididamente marcada con la vida.

En su rompecabezas de acciones, menciones, palabras y sitios, pudo encontrar la efectividad de plasmar aquello que le era tan cercano

y limitado a la recordación, tejiendo marcas personales desbordadas con vacíos y fantasmas que la exhortaban a su eco. Al encontrarnos, sacó de su bolso un cuaderno ondulado y usado al estilo de esos reconocidos libros de artistas: “mire, he puesto huellas con dibujos, objetos imperceptibles, y textos que se relacionan, en esto me la he pasado los últimos años, son microhistorias a blanco y negro o coloridas que cuentan parte de mi existencia, le voy a leer, solo imagine lo que narro, y hágase las imágenes mentales”.

Juego de niña

Siempre acostumbraba de forma cruel a dejar que algún zancudo se posara sobre uno de mis brazos o piernas y observarlo con una lupa mientras metía su probóscide y extraía sangre hacia su abdomen, viéndolo crecer y saciarse hasta prender vuelo; lo seguía, y de una palmada, terminaba la experiencia para comprobar la capacidad de control que tenía sobre aquel ser viviente de tan pequeño tamaño. Ahí quedaba el color rojo como rastro de la experiencia en una pared o como marca distintiva en las líneas de las manos, lo cual me daba asco y corría a lavarme afirmando que no lo volvería hacer; promesa incumplida diez minutos después al sentirme poderosa por creer que disminuía la nube de mosquitos que todos los días, en pleno verano pegajoso, llegaban después de las cinco de la tarde, una misión perdida.

Llegan los furgones

Décadas atrás, recordaban en casa que alguien avisaba, desde la lejanía de esa calle principal donde vivían, que ya entraban a la zona de circulación vial los camiones con los cuerpos amontonados y entrelazados con la Violencia que les habían aplicado por ser liberales o conservadores. Un acto semanal cada lunes o martes, como si los fines de semana fueran institucionalizados para la faena del desplazamiento, el machete y el fusil. Cuentan que mamá decía

que se preparaban para “esa procesión donde la parca hacía fiesta”, que siempre agregaba la misma frase: “ahí va, sin dársele nada, no descansa la muy huesuda”. A los niños les advertían que se taparan los ojos, que no merecían ver esas crueldades. Sin embargo, eso significaba el efecto contrario; muy pendientes y decididos salían a ese encuentro para apostar y visualizar macabramente cuántos cuerpos venían completos, todo el tiempo espantados por alguna autoridad o doña Hortensia, la reconocida fotógrafa que publicaba sus fotorreportajes en el periódico local, a quien le parecía terrible que esa escena fuera observada por los infantes, la que ella quería evitar a toda costa al cerrar sus ojos, alzar la cámara, y activarla con el destello para tomar los registros, evitando así el doble estupor al tener que pasar al cuarto oscuro y creer con fe lo que no había revelado.

Realidad roja

En su momento, no entendí el mensaje grotesco y violento observado en una esquina del barrio un día domingo ante las celebraciones de simpatizantes políticos de color azul que, con banderas, pitos, y vivas, celebraban la victoria de su candidato a la presidencia de la república: el que ofrecía “casa, carro y beca”, y quiso traer la paz; el que nos invitó a pintar la paloma blanca como símbolo en la calle y que se borró años después como testigo de un momento fallido auspiciado por “los enemigos agazapados de la paz”, y la propia coordinadora guerrillera con nombre de libertador; el presidente que vivió cuatro difíciles años de conflicto y violencia expuesta con la insurgencia, los narcotraficantes, y el paramilitarismo, leída, escuchada y observada con los amigos de la escuela y el colegio a través de la prensa, la radio y la televisión junto a los ecos de la visita de un papa que mediáticamente luchaba ante el “fantasma del comunismo” en el supuesto fin de la guerra fría. Pero le cuento, la niña en la esquina quedó sin razonar porque

una camioneta atestada de gente tenía amarrado sobre el *bumper* trasero un gallo de color blanco, el cual ya había manchado sus plumas a escarlata: la muerte simbólica del oponente rojo, el popular “pollo López”, sumaba como tropo de la historia.

El cuerpo inmutable

Ante la desgracia del ahogamiento de un familiar, me decidí a acompañar a uno de sus hermanos a la morgue, sí, asumí ese reto que me sacaría de dudas sobre el color, el olor y el palpar de la piel de alguien que no tenía vida. Entrar significó sentir ese extraño frío de un edificio lúgubre con tres salones separados en cuyo interior estaban las mesas para necropsias y algunas neveras para conservar los cuerpos. Allí estaba Luis, rígido, sin ropa, con la palidez y estatura de siempre, “soy un flaco alto”, decía. Olía a río, a arena, la que le salió de su boca cuando le dieron vuelta, dejando ver su golpe en la cabeza, me lo imagine clavando en la “paila del diablo”, uno de los charcos que frecuentábamos. De nuevo en su posición inicial, toqué su rostro, suave y eterno, allí lo dejé, esperando el arreglo cosmético que le hacen a los occisos, regresando en la madrugada a su casa para la respectiva puesta en escena familiar ligada a la “conducta en los velorios”, como decía Cortázar, sumándole nuestras miserias: hablar bien del muerto, hablar mal de los que no llegaron, esperar el tinto y la copa de licor gratis, armar conciliábulos, soltar carcajadas mandadas a callar, los respensos cada cierto tiempo, los abrazos de pésame, las lloradas colectivas, y la ceremonia final con cantadita.

Ver y revelar

El destino me puso al lado de Hortensia, ¿la recuerdan? Fui su asistente durante muchos años hasta que heredé su puesto como fotorreportera, el cual abandoné atinadamente para alegría de mis ojos. La muerte y la tragedia vende, y a nuestra amiga le había

tocado seguir en el negocio del tabloide rápido y directo con las noticias locales y regionales con titulares escandalosos en primerísimo plano que se vendían como “pan caliente” a las cinco de la tarde. Atenta, siempre había una, dos y hasta cinco noticias que registrar. Montándonos en su viejo *jeep*, íbamos presurosas a las escenas del crimen, saltando controles y buscando los mejores ángulos para publicar, siempre regresando oportunamente al revelado para escoger la mejor foto, ojalá la más “visajosa” para los cazanoticias del horror que día tras día compraban el periódico, o aquellos que gratuitamente se amontonaban en el centro para ver las hojas pegadas y al detalle identificar posibles conocidos y armar a su acomodo las noticias: puro chisme parroquial.

Cauces funerarios

¿Recuerdan esa película *El río de las tumbas*? Pues miren, estos ríos que se cruzan todavía traen esos sepulcros con sus muertos sin nombre. Escuché que a algunos muchachos los estaban tirando a mansalva solo por sospecha de tener liderazgo en toda esta movida que tuvimos en abril y mayo, ímpetus tenebrosos o paramilitares, dizque salían en la noche en sus carros polarizados a hostigar lo que se moviera en los puntos de resistencia; inclusive un “motobombero” que opera los equipos de extracción de agua del río para cultivos de caña me contó que ha visto muchos llegar a su sitio de trabajo, que simplemente los empuja para que sigan su cauce, el del Cauca, diciendo que “estos muertos no son míos”, persignándose y haciendo una pausa a “la memoria del muerto” como Piper Pimienta Díaz en su *hit* musical salsero, agregando que estos cuerpos seguro llegarán al remolino de La Virginia, Risaralda. No es nuevo, si esa ficción de película retrataba con su modorra la tranquilidad de un pueblo, las desdichas de muchos NN se emparentaron con las aguas en la tragedia de la violencia incesante en nuestros ochentas y noventas del pasado siglo: muy sañudos los

asesinos, usaron este recurso natural dador de vida, como tránsito de muerte.

Epílogo en dos actos

Al terminar, le dije a Emma que parara ante el sonido de la emoción de su voz que se entrecortaba. Después hubo un largo silencio que pernotó en el ambiente frío, preguntándole: ¿qué sigue ante la insatisfacción de estos tiempos y las esperanzas irritadas que nos agobian? “Dar el siguiente paso”, respondió, “organizarse porque estos desaparecidos y muertos deben ser resarcidos en su sacrificio, mantener viva la imagen de esa bandera que se puso al revés en nuestras ventanas, y la de Kabe, un amigo que puso todo el entusiasmo en la calle quinta, yendo y viniendo desde la loma de la resistencia donde bailábamos al son que nos tocaban, y que se manchó con su sangre en esos trotes del norte cuando un francotirador nocturno le dio. ¿Sirvió de algo? No sé. Tocará poner la simbólica tela tricolor patriotera en su orden una vez sintamos que se logró incluir cambios en todos esos requerimientos que se han pedido, pasar a otras líneas de reconocimiento político, limpiar la casa impulsando nuestros deseos en acciones reales y prácticas de las necesidades que tiene en este país mucha gente; difícil pero posible, así el señor del engaño desde su tierra ubérrima aúne feudos para nuestro fracaso, como la puesta en escena con la Comisión de la Verdad que manoseó a su antojo y conveniencia”.

Despidiéndonos, con la distancia que implica este momento pandémico, nos fue ganando terreno la avenida estación, ella volteó hacia el parque Versalles, yo hacia la calle sexta, avizorando seguramente las posibilidades que implicaba reconocernos en este enredo sociocultural que nos acoge. Durante ese tiempo, el reflejo de algunos vidrios en los edificios adyacentes dejaba notar que las noticias de las siete empezaban en las máquinas televisivas; más de lo mismo, supuse, mala cosa eso de cenar viendo el teleteatro

del engaño, pero qué se hace, debe uno verlos para saber cómo tergiversan y así tener argumentos ante la cruda realidad del debate. Llegando a casa, decidí ir a la sala y prender la tv; el zapeo me llevó a esas noticias, sorpresivamente terminaban de listar los líderes sociales asesinados en agosto y septiembre, daban cifras de los últimos cuatro años, siguió otra sección, la presentadora puso su mejor mueca, dio entrada a las notas de entretenimiento.

TERCER PUESTO

Un rojo monstruo de metal

Andrés Mauricio Aros Alvarado
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

La ciudad gris que era devorada por el rojo monstruo de metal, como la canción de un olvidado grupo urbano, era ahora donde moraba Juan, un hombre consumido por la violencia del campo, de su numerosa familia y de su propia mente. Juan era dos personas, el hombre que transitaba por una ciudad que se fundía con el desolador gris del metal y el cemento, pero también estaba el otro Juan que coleccionaba retazos de esa urbe que le era ajena.

Pero esta historia no sólo es de Juan, es también la de El Bicho, otro hombre consumido por la violencia, una que parecía ser su forma de vida; robar, estafar y huir eran parte de su rutina, la de una Bogotá carcomida por el miedo, un miedo disfrazado de hambre, caos, saqueos y ese confabulador deseo de que algo va a pasar, como Juan y El Bicho, les decían a sus más cercanos.

El tiempo es extraño, al igual que el hombre, escribía un hombre anónimo en las paredes del sur de esta ciudad, frase que leía constantemente Juan cuando salía de su habitación, espacio que compartía con una mujer olvidada, y unos perros, que eran la alegría de ese refugio de ladrillo, baldosas inconexas y colores pastel. El trabajo de Juan *no era muy complejo*, le escuchaba decir a su madre, en las pocas conversaciones que tenía, al otro lado de ese llamador de muertos, como alguna vez le escuchó a su abuela en el lecho de muerte; a la final era lo único que sabía hacer Juan, recolectar, organizar y contar historias, aunque sólo fueran informes tan informes como lo que anotaba este hombre en una libreta tan cuidada como desaparecida de los *stands* de cachivaches.

Para El Bicho, cada día, cada despertar, era sobrevivir; no sólo por las pesadillas de un dragón de metal que los devoraba sino por ese dolor que lo aquejaba desde la infancia; un dolor que su madre le recordaba con agua fría y sahumerios, humos que bordeaban la pequeña casa que El Bicho le había quitado a su madre cuando estaba en los últimos días de su vida. *Ahora el agua fría*, le dijo el hombre a la agonizante mujer, es esto, y la puerta que tantas

veces lo golpeó se cerraba a su favor. Imágenes de una película que sólo en su cabeza era vista; la gran camándula que rodeaba su cuello, un celular tan pesado y desgastado como el mismo cuerpo del hombre y una bicicleta que podía costar más que la casa eran sus objetos preciados, lo *único que guardo con recelo*, le dijo a un jíbaro con el que hacía tratos.

Bogotá, la ciudad del monstruo rojo de metal, como lo habían escuchado Juan y El Bicho, como tantos otros ciudadanos que huían de aquel hombre consumido por las drogas y de un dios salido del humo de una tapa plástica, que cada semana se paraba en la esquina de un puente que dividía a las dos bogotás, *la de la muerte cercana*, dijo esta vez el hombre y la de *la muerte pacífica*, repitieron Juan y El Bicho, en días diferentes, en horarios diferentes. Los puentes de esta ciudad, *colosos de cemento, metal y sangre de 50 trabajadores* titulaba algún periódico amarillista, necesitaban reparaciones, otro *dinero robado* se podía escuchar en las noticias radiales. *El puente está quebrado*, se mofaban en algún programa de variedades que hizo reír a Juan mientras almorzaba, y que para El Bicho sólo eran ruido que salía de los *bichos que escuchan los viejos* reclamándole a los ambulantes del barrio. Porque este hombre de virtudes extrañas, códigos sincréticos, recorría las calles como si fueran laberintos, repetía sus pasos y marcaba las paredes con una piedra, como si la prehistoria le prestara el uniforme de hombre del pasado; la gente lo conocía, le rehuía y respetaba; era como le dijo alguno de los viejos vendedores, *un hombre de rutinas*, a lo que El Bicho respondió con un insulto que parecía tener guardado en lo más profundo de sus entrañas.

Bogotá al borde del colapso, titulares que se repetían en los pocos periódicos que aún circulaban en la ciudad, así como en los recorres que guardaba Juan, un voluminoso libro que hacía de álbum de recuerdos, de memoria, que contenía esos papeles, porque para Juan, Bogotá era casi como un cuento de fantasía y, otras veces,

una extraña pesadilla en la que se sentía cómodo. La habitación de este hombre menudo, prolijo y sencillo era como una biblioteca en miniatura, no muy diferente de su oficina, repleta de copias, archivos, letras y demás, sólo que su colección era también su memoria, su historia, que eran como él mismo, contradictorias.

25 AÑOS DE INFIERNO, TIEMBLA BOGOTÁ, en las manos de Juan, títulos como los de este libro eran premonitorios; avances de películas como las que veía en sus ratos de ocio. Las librerías pequeñas, de esas en las que los libros se confunden con maletas, cuadernos, botellas de colores y descuentos, eran sitios especiales para Juan, no tanto por su amor a la lectura, sino porque en las tapas de los libros podía leer huellas de ese mundo que sólo a él le pertenecía; recuerdos o memorias que sólo existían para Juan, un mundo en el que él era protagonista.

El tren es modernidad, los esferos hacen la paz, pero el hombre acaba con el mundo, gritaba un adolescente mientras arrojaba una molotov a un Transmilenio. El rostro maravillado de Juan, sus ojos casi blancos de la emoción, contrastaba con los gritos y miedos de las personas que huían de la estación Policarpa. *El dragón de metal...* era consumido por las llamas; se escuchó a lo lejos *otra voz anónima que repetía la poca cordura de una ciudad*, sentenció un anciano que pasó cerca a Juan.

Se salvan milagrosamente pasajeros en Transmilenio, Tropicana la... Mis ojos lloran...última Hor... se escuchaba en el radio de uno de los locales, donde El Bicho se tomaba un tinto; *algo de calor*, se repetía mentalmente, pero su cabeza y su estómago estaban en mundos diferentes, este último más cercano al vacío y la frialdad, mientras su cabeza...El Bicho salió huyendo del local...a nadie le importó, *Bah...*, *con esa cara, ni lo deberíamos haber dejado entrar*, le replicó un hombre con un delantal a otro, que parecía ensimismado, aturdido*Qué sacudón el que nos dio la naturaleza*,

informaron en la radio; otro pequeño temblor al que los bogotanos se habían acostumbrado en los últimos meses.

Qué extraños han resultado estos días, cada día está más gris la ciudad, la lluvia parece eterna, los perritos ya no juegan, le decía la mujer que meses atrás le había arrendado la habitación del segundo piso a Juan; éste sólo respondió con un *ajá* y subió a su habitación. La mujer, con varios años, preocupaciones y miedos encima, se sobresaltó, la luz se apagó, cayó un rayo, los perros que estaban cerca corrieron donde su ama, la luz volvió, el rostro de la mujer, era la mueca del miedo, cerró los ojos, nuevamente la luz se desvaneció.

Este día, uno como cualquier otro, será el último día de Juan y de El Bicho, pero también de gran parte de Bogotá, *cuando la muerte huele a cena familiar...* La letra la había olvidado Juan o tal vez sólo era fruto de su mente; Juan quería destruir a ese monstruo de metal que cada vez más se aparecía en sus sueños, en sus días, en su camino; El Bicho estaba endeudado, ningún dinero le alcanzaba, había perdido sus últimos ahorros, y nadie conscientemente le prestaría dinero; *los hombres que caminan distraídos son presas fáciles,* recordaba el ladrón, que sin mediar palabra fue contra un hombre menudo, de ropas sencillas y distraído rostro; ni siquiera hubo una frase de amenaza, sólo un estridente grito, un silencio, las voces de los curiosos, y un *quite de ahí go...* de El Bicho corriendo, antes de ser baleado por un policía. Juan, en el piso, con sangre, viendo esa luz que todos los que mueren ven, *aunque sólo sea un reflejo de la mente,* decía alguien que miraba de reojo la escena.

El día en que Juan había perdido los cabales, que había entendido cómo destruir al monstruo de metal, y de paso a Bogotá, fue el día en que El Bicho, sin ninguna intención, hizo algo bueno por esa ciudad que odiaba y que lo odiaba, de todas formas, como dirían en un noticiero local, un mes después, a nadie le habría importado lo que pasó ese día, sólo el gran Temblor que por poco destruyó a Bogotá.

catEgoría
ADMINISTRATIVOS



PRIMER PUESTO

Secreto de familia

Juan Alberto Romero Suárez
Coordinación de Proyección Social y Sostenibilidad
Vicerrectoría de Extensión y Desarrollo Humano
fabian.ramirezr@uniagustiniana.edu.co

*Para Julieta RR, que todas las noches para dormir
escucha cuentos cortos de otras personas, por fin
llegó la hora de que escuches uno escrito
por tu papá.*

A los seis años, y después de pasar más de mil y una noches leyéndole cuentos para hacerle conciliar el sueño, tomé la decisión de ir junto a ella un poco más allá; quise que viviera y sintiera lo que *La pequeña Ana* de Sakai vivió en las aventuras nocturnas con su gato; que experimentara las emociones sorprendidas al ver lo que contenía *El armario viejo* de Dickens o conociera lo que realmente pasó con *Caperucita roja* de Perrault, sin saber que esto nos sumergiría en una historia que ahora compartiré.

Llegó la noche, me acerqué a la biblioteca, tomé una recopilación de cuentos del siglo XIX. Ese día recuerdo que leería para ella *La sirena del Rin*, de Alejandro Dumas padre, pero en ese momento llegó a mi mente una pregunta que mi hija lanzó un par de noches atrás y tenía que ver con lo siguiente, ¿qué pasaría si pudiéramos ir, así sea por unos minutos, al momento y espacio donde nos hemos tomado alguna foto con el celular? Es algo como que abres la galería de tu celular y ves una foto con tu abuela que murió hace un par de años, decides cerrar los ojos, respirar profundo e ir a ese preciso lugar en el que, con tu brazo izquierdo estirado, intentabas dejar el más bonito recuerdo de su sonrisa, que, aunque le faltarán varios de sus dientes, era la más linda de todas. ¿Qué les parece si les dijera que es posible?

Una noche cualquiera, Julieta me preguntó —¿para qué sirven las fotos que uno guarda en el celular, solo para recordar? —No solo son para eso—, le respondí. La senté a mi lado y con su peluche favorito en las manos, le dije que le iba a contar un secreto que solo sabía su mamá. Abrí la galería del celular y le mostré la primera

foto que nos habíamos tomado con su mamá; la tomé de la mano y le dije “cierra suavemente los ojos y respira profundo”. En ese momento, Julieta me soltó la mano y me dijo “¿para qué me pides eso, papá?” “Solo responde a mi pregunta”. La miré fijamente a los ojos y le pregunté “¿confías en mí?” Ella dijo “sí”. Entonces, cierra los ojos y respira profundo.

Lo hizo, y mientras tomaba el aire desde el diafragma, abrimos juntos los ojos y estaban justo allí, tras un árbol que estaba plantado cerca al café de la calle 71 con Caracas, en Bogotá, donde nos tomamos esa primera foto. Julieta, muy asombrada, dijo “¿papá, esos son ustedes” —Sí—, le respondí. Miramos hacia el interior del café y en ese momento vimos cómo mi yo del pasado y su mamá se miraban fijamente a los ojos y después, cómo lentamente regresaron de ver sus sonrisas, a mirar el frente del celular para tomarse la foto. En ese momento del clic, regresamos de nuevo al presente y, teniendo el celular en la mano, Julieta me miró y me dijo que no podía creer lo que había pasado. —¿Es normal que podamos hacerlo? Le dije —no es normal y es tiempo para que sepas por qué, junto a tu mamá, podemos realizar estos viajes en el tiempo. Pero pilas, todo tiene un costo, no todo es tan fácil como lo ves.

Julieta dijo —¡papá, quiero conocer más, déjame ver qué fotos tienes!, ¿a quiénes podemos ir a ver? Muy emocionada, dijo que quería ver a su abuela; —¡muéstrame una foto y vamos a verla! Abrí la galería y recordé una foto que me había enviado su mamá cuando la abuela estaba en estado de embarazo de su primera hija; le dije “Julieta, ¿estás lista?” Me dijo “sí”. De nuevo, cerramos los ojos, suspiramos profundo y, cuando los abrimos, estábamos en un lugar donde todos al unísono cantaban el cumpleaños a su abuela. En ese momento, Julieta le grito “¡hola, Tita, soy tu nieta!” Su abuela la miró fijamente a los ojos... desde lejos, el tío Omar grito “sonrían para la foto”, lanzaron el *flash* de la cámara y regresamos a nuestro apartamento. Esa noche, le dije a Julieta, es mucho por

hoy, mañana hablamos sobre lo que acabas de ver y revisaremos la posibilidad de intentar ir a otros lados, pero por favor no lo comentes con nadie.

Julieta le pidió a su mamá, en la mañana, que la llevara a la casa de su abuela, que necesitaba verla. En cuanto llegó, Julieta le preguntó gritando desde la puerta del primero de tres pisos, “¿Tita, recuerdas una foto de tus cumpleaños en la que estabas embarazada de mamá?” Ella asintió y dijo “claro, es imposible de olvidar, ese día una niña muy hermosa y parecida a ti me gritó desde lejos de la mesa, ¡tita soy yo tu nieta! Ese día me di cuenta de que el hijo que estaba por nacer iba a ser una niña y que sería la niña más hermosa del mundo”. Julieta quedó estupefacta, recordó las palabras de su papá y cerró su boquita, pero tenía muchas preguntas.

Esperó paciente mi llegada y en el momento que escuchó que ingresaba al apartamento, se abalanzó sobre mí y me dijo “papi, tengo muchas preguntas, pero ven, ven y hablemos de lo que haremos hoy. Quiero que me expliques por qué si hasta anoche fuimos a ver a mi abuela el día de sus cumpleaños, y hoy en la mañana le pregunté sobre ese día, ella me dijo que había visto una niña y que le gritó lo que yo anoche”. Le respondí “vamos paso a paso, porque hasta ahora desconoces el motivo que nos impide responder a todas las preguntas que tienes; aún con tu madre nos cuesta viajar constantemente al pasado, preferimos utilizarlo para emergencias o cuando sabemos que algo malo va a pasar”.

Entramos a su cuarto y le dije que por favor escuchara con mucha atención; cada vez que viajamos al pasado alguna persona de nuestras familias muere, por muerte natural, o a causa de algún accidente trágico, siempre sucede un par de días después al viaje en el tiempo que lo realizamos; es por ello por lo que no podemos viajar tan seguido. Por ejemplo, ¿recuerdas a tu abuelo? El papá de mi mamá murió tres días después del viaje que hicimos con tu

mamá para conocer París, viajamos a través de una foto de Cristian, tu primo que vive allá.

Julieta, un tanto asustada, decidió preguntarme sobre cómo estamos utilizando los viajes en casos de emergencia. La respuesta fue que, cuando las personas de nuestra familia mueren en el presente a causa de alguna enfermedad o en algún accidente, buscamos una foto de esa persona, viajamos al pasado disfrazados, le comentamos rápidamente que venimos del futuro, le decimos lo que le va a suceder y le sugerimos que cambie de hábitos o evite estar en el preciso momento y lugar para que no muera. Varios de ellos nos han escuchado y han salvado sus vidas a tiempo, pero otros no nos escucharon y ya sabes, murieron. Sin embargo, eso de intentar cambiar el rumbo de vida de las personas también trae consigo una gran pérdida y recae sobre las personas que viajamos. En nuestro caso, junto a tu mamá, cada vez que viajamos, empezamos a perder alguno de nuestros sentidos; he venido perdiendo el sentido del gusto, al punto que ya no logro saborear la pasta que nos preparar tu mamá o el helado de vainilla que tanto te gusta, y tu mamá ha venido perdiendo el sentido la vista. Julieta entendió que no podía seguir pidiendo que la llevara a otros lugares, porque tenía miedo de que alguna persona de su familia muriera; decidió dejar de pensar en ello y continuó con su vida normal.

Pasaron once años; Julieta estaba feliz porque ese día era su grado de bachiller, tenía muchos nervios porque iba a leer el discurso de despedida que había preparado hacía un par de semanas, pero ese día en la mañana recibimos una noticia terrible, su abuela había perdido la vida en un accidente doméstico, había caído por las escaleras. Todos corrimos a la casa donde había sucedido el accidente y lo primero que hizo Julieta fue mirarme y me dijo “es hora, y esto es un caso de emergencia”. Entramos al cuarto cerca de la cocina y me dijo “vamos a la foto del cumpleaños de mi tío Julián, eso fue hace un par de días, estoy segura de que podemos prevenirla del

accidente y le diré que se aferre bien de las escaleras para que no caiga”. Miré a su mamá y le dije “yo voy con ella”. Efectivamente, abrí la galería, elegí la foto del cumpleaños, respiramos profundo y llegamos al instante de la foto. Julieta, con una bufanda que cubría apenas su rostro, tomó del brazo a su abuela y al oído le dio toda la información con detalles del accidente que estaba próxima a experimentar, dieron clic a la foto y regresamos al presente.

Regresamos a la casa de la abuela y efectivamente estaba con vida, había hecho todo lo que Julieta le había dicho, pero, al mirarme, sabía que algo muy malo había sucedido; me preguntó que si estaba bien, que no me veía nada bien. No pude contener las lágrimas, le escribí en un papel que lo siguiente:

Mi amor, no solo perdí el sentido del gusto, también perdí la capacidad de hablar, estoy seguro de que se debe a la cantidad de detalles que le diste a tu abuela y lo cercano del viaje en el tiempo. Apenas regresamos, me di cuenta de que ya no lograba expresar ni una sola palabra, pero ¿sabes? Afortunadamente tú estarás bien porque veo que no estás en perfectas condiciones.

Decidimos dejar de lado mis pérdidas porque sabíamos que ya habíamos logrado que su abuela siguiera con vida. Seguimos con los preparativos para la graduación, llegamos al lugar del evento; Julieta y su mamá estaban divinas, era un día muy especial. La ceremonia inició; Julieta me pregunto que si tenía agua, me dijo que tenía sed y que sentía algo extraño en la garganta. Salí del lugar, compré el agua y se la entregué; anunciaron el discurso de graduación, Julieta se levantó, pasó al frente, tomó el micrófono y cuando se disponía a empezar con el discurso, se había quedado sin poder hablar. Me miró, lloró y se dio cuenta de que a ella le había sucedido lo mismo que a mí, pero tuvo un efecto retardado. Al ver que ella comenzó a llorar, decidí abrir la galería del celular, vi la foto del cumpleaños del tío Julián, yo fui el que le advirtió

a su abuela lo que le iba a suceder; regresé al evento de graduación; Julieta declamó su discurso y fue ovacionada por todos sus compañeros.

Ella nunca se enteró de que también perdí el sentido del olfato, pero valió la pena; al fin y al cabo, fui yo el que le comentó sobre nuestro secreto que ahora era uno familiar. Hasta el momento, no hemos tenido la necesidad de volver a viajar en el tiempo.

Este libro fue publicado por la
Editorial Uniagustiniana
en diciembre de 2021

La quinta versión del Concurso Uniagustiniano de Cuento Corto (2021) fue propuesta bajo el lema “Imagina mundos y escríbelos”.

Este contiene los presupuestos de todo cuentista. Cuando hablamos de la imaginación, consideramos sus alcances: unas veces, el sujeto creador tiene un interés manifiesto en su propia realidad, es decir, en el ámbito de su experiencia inmediata; otras, las situaciones que ocupan al artista son de un orden más amplio y distante tanto en el tiempo como en el espacio. Y aquí necesariamente hallamos la noción de mundo: lo que fue o pudo ser, o lo que es e hipotéticamente será. Este libro presenta los relatos ganadores del concurso, ofrece cuadros familiares unas veces desconcertantes para sus protagonistas, y otras esperanzadores, cargados de una secreta intimidad. También, hay relatos que encierran un oscuro terror, en vista de que nos narran las situaciones anormales de sus personajes. A propósito de la extrañeza que nos produce el acecho de la anormalidad, dos relatos se ocupan de la pasada pandemia, para explorar algunos sentimientos y perplejidades que esta produjo. La guerra del país es otro de los temas que ocupa estas páginas. También, nos encontramos con las ensoñaciones y fantasías de criaturas ciudadinas, en medio del aburrimiento y el anonimato propios de las oficinas y calles de una gran urbe. Ojalá que, como decía Montaigne, este libro genere interés y esa felicidad que nos permite la literatura.

ISBN: 978-958-5498-83-9



9 789585 498839



UNIAGUSTINIANA

Es creer en ti